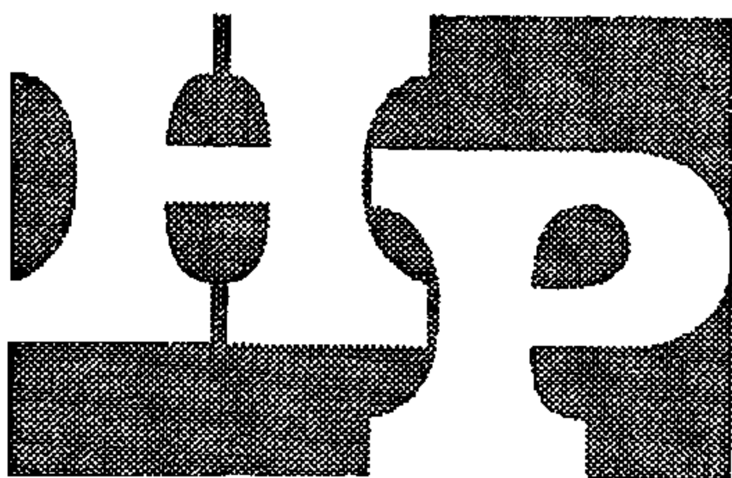


Keith Luger

Un pistolero muy fino





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

UN PISTOLERO MUY FINO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 404
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal; B 26217-1977

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: septiembre, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El *saloon* Perla Blanca, de Forrestville, parecía un hervidero.

Era sábado y el lleno era completo.

Se bebía *whisky*, se jugaba a los naipes y, de cuando en cuando, estallaba un altercado entre los clientes. La mayoría de las veces porque dos de ellos querían a la misma *girl*. En estos casos, se repartían unos cuantos puñetazos entre los rivales, hasta que uno de ellos quedaba sin sentido, y entonces uno de los camareros lo arrastraba por las piernas hasta la calle para que se refrescase.

Forrestville había sido un pueblo tranquilo hasta dos años antes, justamente hasta que se encontró oro cien millas al norte, en las intrincadas Montañas Negras. Entonces todo cambió para Forrestville porque se convirtió en lugar de paso hacia aquel pueblo que surgió, de la noche a la mañana, en las escarpadas laderas y que fue bautizado con el nombre de Oro City.

Hombres llegados de los remotos lugares del país sintieron la llamada de aquella mágica palabra: oro.

El filón era bueno. Primero, centenares de hombres y, más tarde, miles de ellos se desparramaron por las Montañas Negras. Unos tenían más suerte que otros, pero el codiciado metal seguía saliendo de las ubres de la tierra.

Forrestville también se había aprovechado de aquello. Los almacenistas, los dueños de *saloons*, los vendedores de cualquier clase de artículos habían llenado sus bolsas, especialmente porque subieron astronómicamente los precios de los artículos.

El vaso de *whisky* que dos años antes costaba diez centavos, valía ahora medio dólar.

Y también dos años antes, se podía haber pasado una noche en un hotel por veinticinco centavos, pero ahora, por pasar una noche

en una cama se tenían que pagar dos dólares.

Un hombre entró en el local corriendo y se puso a gritar:

—¡Ha vuelto a ocurrir…! ¡Ha vuelto a ocurrir!

Varios clientes se levantaron.

—¿A qué te refieres, Eneas? —preguntó Leslie Allen, un grandullón pelirrojo.

—¡Han robado el oro que traían desde Oro City…! ¡Han matado a los dos vigilantes!

La noticia produjo gran conmoción.

Casi todos los clientes echaron a correr y se apelotonaron en la puerta.

Un tipo no tuvo paciencia. Cogió una silla y rompió una ventana, saltando por ella.

La multitud se dirigió hacia la comisaría.

El *marshal* de Forrestville, Chuck Newton, parecía estar preparado para recibir al grupo porque se encontraba en el porche. Sacó el revólver y disparó al aire.

—¡Todo el mundo quieto!

La mayoría de aquellos hombres eran mineros de Oro City. Tenían socios que se habían quedado en las minas, y ellos habían aprovechado el fin de semana para comprar provisiones y, de paso, para divertirse un rato.

Los hombres se detuvieron. Muchos de ellos estaban bebidos.

—*Marshal*, mi nombre es Leslie Allen, tengo un socio allá arriba, Guy Desmond, y él debió enviar más de quinientos dólares en oro…

—Entonces, lo siento por ustedes dos.

—¿Quiere decir que es cierto lo que ha dicho Eneas? ¿Que hubo un asalto?

—Sí, amigo, hubo un asalto.

—¿Dónde?

—Diez millas al norte, en el Cañón del Ahorcado. Un minero, Roger Simmons, que se dirigía a Oro City, descubrió los cadáveres de Laurence Walton y Jean Olivier. Les pegaron tres tiros a cada uno en el pecho.

—¿Y la mula en la que transportaban el oro?

—Desapareció.

—¿Dónde está ese hombre que se llama Simmons?

—¿Para qué lo quiere, Allen?

—Ha podido ser el salteador.

—No sea ingenuo. Si él hubiese sido el ladrón, nunca habría venido aquí a avisar.

—Pudo hacerlo precisamente para cubrirse.

El *marshal* volvió la cara hacia la comisaría. La puerta estaba abierta.

—Sal, Roger.

Todos pudieron ver a un muchacho de unos diecisiete años, larguirucho, muy delgado, con cara de inocente.

Las dudas se disiparon enseguida.

—Señores —dijo—, vengo de muy lejos, de Kentucky. Leí en un periódico que aquí se había encontrado oro, y decidí unirme a ustedes para encontrarlo. Siempre he labrado la tierra, pero las cosas me fueron mal… No soy un ladrón y además no llevo armas de fuego, quiero decir que no las sé usar y por eso no las llevo. Sólo sé manejar un cuchillo de monte —se tocó el cuchillo de monte que enfundaba colgado del cinturón.

El *marshal* intervino:

—¿Tiene alguien alguna duda sobre la inocencia de este muchacho?

Se oyeron rumores y la mayoría hicieron gestos negativos.

El pelirrojo Allen soltó un salivazo en el suelo.

—Está bien, *marshal,* el muchacho no lo hizo. Pero eso no nos sirve a nosotros. ¡Queremos al culpable o a los culpables! Es la segunda vez que nos roban el fruto de nuestro esfuerzo… No podemos estar trabajando para un puñado de canallas… Usted es el *marshal* de Forrestville y su obligación es impedir estos asaltos.

El *marshal* tenía unos treinta y cinco años. Era alto y su rostro parecía tallado en piedra. Sus ojos azules se entornaron.

—Allen, sé bien cuál es mi obligación. No hace falta que nadie me la recuerde. Pero hay cosas que yo no puedo evitar y una de ellas son los asaltos que hasta ahora se han cometido. Soy el *marshal* de esta ciudad y los robos se cometen lejos de aquí, en las montañas… La primera vez ustedes enviaron su oro con uno de sus compañeros. Yo lo ignoraba. Traía el oro para depositarlo en el Banco de la señora Ulmer. Pero nunca pudo hacer ese depósito porque lo mataron y robaron veinte millas antes de llegar a esta ciudad, en la Roca del Águila. Ustedes perdieron veinte mil dólares.

Entonces yo me tomé la molestia de ir a Oro City, reunirlos y decirles que estos envíos debían ser realizados por personal competente y no por simples mineros. Ustedes eligieron por votación a otros dos de entre ustedes, a Laurence Walton y Jean Oliver. ¿Por qué…? Porque ellos sabían manejar el revólver. Ustedes creyeron que con eso bastaba. No se fían de nadie que no sean ustedes mismos. Y ya ven lo que ha pasado. Sus amigos están muertos y ustedes han vuelto a perder su oro.

—Y esta vez han sido treinta mil dólares —dijo Allen.

—Lo siento, amigos. Investigaré el asunto.

—¿Y qué esperanzas nos da de atrapar a esos asesinos y salteadores?

—No puedo dar muchas. Ésa es la verdad. Pero si yo estuviese en el lugar de ustedes, me preocuparía de otra cosa. Impedir que se repitiese eso por tercera vez.

—¿A quién debemos entregar el oro…? ¿A usted, *marshal*?

—No, yo soy la autoridad de Forrestville, pero no soy el mensajero de nadie. Han de buscar a las personas competentes.

—¿Se da cuenta de lo que dice, *marshal*? Las personas competentes para realizar una misión como ésta, tendrían que ser pistoleros, gentuza, igual que la que nos roba.

El *marshal* pareció pensar en aquellas palabras.

—Sí, es posible que tengan que depositar su confianza en gentuza, como usted dice, Allen.

—¿Usted nos aconseja eso?

—No tengo más remedio que hacerlo.

—Ya hasta habrá pensado en las personas adecuadas.

—Sí.

—¿Quiénes?

—Donald Overon y King Russel.

Hubo más exclamaciones de sorpresa.

La mayoría conocían a Donald Overon y King Russel. Eran dos pistoleros que vivían en Forrestville. Habían llegado tres semanas antes, y al parecer tenían algún dinero ahorrado porque vivían sin haber hecho nada por ganar un centavo, si bien era verdad que jugaban al póquer y ganaban más que perdían. Era tipos peleones, pero nadie se atrevía con ellos y por esa razón no habían tenido oportunidad para sacar el revólver. Todos los temían. Nadie había

querido correr el riesgo de saber cuán rápidos eran en el saque. Por ello los mineros les rehuían.

Allen se echó a reír.

—*Marshal*, es usted formidable.

—Gracias.

—De modo que quiere que pongamos la oveja en la boca del lobo, y ya sabe usted lo que quiero decir.

—Sí, lo entiendo. Piensa que si les dan su oro, ellos se largarán con el botín.

—Y no tendrán necesidad de matar a nadie.

—Se equivocan con respecto a King Russel y Donald Overon.

—¿En qué nos equivocamos, *marshal*?

—Son pistoleros. No puedo contradecirles, pero no son tontos. Si ustedes les confiasen su oro y se largasen con él, no llegarían muy lejos. Ahora desconocemos quiénes son los asaltantes, pero en la hipótesis que estamos barajando, lo sabríamos en un principio. Y bastaría que pusiésemos precio a sus cabezas para que un enjambre de cazadores de recompensas, fueran tras ellos y se los cargasen. No, Allen; Russell y Overon, son pistoleros, pero no son tontos —repitió el *marshal*—. He hablado varias veces con ellos y me dejaron entrever que estarían dispuestos a transportar su oro desde el poblado, a cambio de un diez por ciento.

—Usted aprueba que King Russel y Donald Overon sean nuestros transportistas.

—Cada vez estoy más convencido de que es lo más conveniente.

—Lo pensaremos.

—Pueden decir lo que quieran, pero ya saben cuál es mi opinión.

—Volveré mañana al poblado y hablaré del asunto con los demás mineros. Les haré llegar su sugerencia y, si es aprobada, recibirá noticias nuestras para que usted mismo se las transmita a Russel y Overon.

—De acuerdo, Allen.

Los mineros se fueron alejando poco a poco, comentando entre ellos las pérdidas que habían sufrido.

El *marshal* continuaba en el porche y tenía a su lado a Roger Simmons.

—Bien, Roger, has cumplido con tu deber como ciudadano y te

doy las gracias.

—No hay de qué, *marshal*. No tendré más remedio que quedarme hoy en la ciudad. Ya se ha hecho muy tarde para viajar a Oro City.

—Suerte, muchacho.

Simmons hizo un saludo con la mano y bajó del porche.

Atado al poste, tenía un caballo. Montó en él y lo echó a andar por la calle.

Poco después se detenía ante el hotel La Estrella Azul. Después de atar el caballo, se dirigió al registro, que era atendido por un hombre de largas patillas.

—¿Cuánto cuesta una cama?

—Dos dólares.

—¿No podría dejármela más barata?

—No, hijo. Hoy es sábado y tendremos un lleno. Si hubiese sido lunes, tal vez la habría dejado por un dólar cincuenta.

Dos monedas de a dólar repiquetearon en el mostrador.

—Ahí tiene los dos dólares del muchacho por su cama —dijo una voz.

Roger Simmons se volvió hacia el hombre que le quería pagar la cama.

Era un joven de unos veintisiete años, alto, moreno, de rostro bronceado, pero lo que más llamaba la atención del desconocido era su elegancia, completamente fuera de aquel ambiente. Se cubría con un traje gris perla, camisa blanca y corbata negra de lazo.

—Señor Parker —dijo el patilludo del registro—, ¿está satisfecho del baño?

—Sí, pero no me dieron el jabón que yo quería.

—Perdone que no tuviésemos jabón francés.

—En su lugar, me trajeron una pastilla que arañaba la piel y un estropajo. ¿Qué es lo que creyeron? ¿Que se iba a bañar un cerdo…? Era para bañarme yo.

—Lo siento, señor Parker, pero aquí se bañan muy de tarde en tarde, y, cuando alguien lo hace, piden jabón áspero y estropajo del más fuerte.

Roger Simmons estaba asombrado porque, hasta entonces, Parker no le había dirigido una mirada.

—Señor Parker, soy Roger Simmons. ¿Por qué me paga la cama?

—Imagino que no estás muy bien de dinero.

—No, señor, eso es verdad, no lo estoy.

—Entonces, no hay nada más que decir. Tú duermes en esa cama y se acabó.

—Pero yo quisiera devolverle esos dos dólares.

—Me los devolverás algún día, cuando descubras un filón.

—¿Cómo sabe que voy en busca de un filón?

Parker sonrió.

—¿A qué venís todos aquí?

Roger dijo:

—Pero usted no viene a buscar oro, quiero decir que no parece que sea ésa su razón.

—Has acertado, muchacho. No vengo en busca de un filón.

—¿Y a qué viene a Forrestville, señor Parker?

—A matar.

La nuez de Simmons bailó en su garganta.

—¿A matar?

—Sí, jovencito, vengo a matar a dos puercos.

—Entiendo, es usted matarife. Se dedica al negocio de carnes.

—No, muchacho, los puercos que vengo a matar tienen dos patas y también tienen un nombre, y para que no hagas más preguntas, te diré que se llaman King Russel y Donald Overon. Que duermas bien.

Parker dio media vuelta y se dirigió hacia la calle.

—¡Señor Parker! —gritó Simmons.

El hombre elegante se detuvo y Simmons corrió a su lado.

—¿Qué quieres, Simmons? Entiendo —se metió la mano en el bolsillo—. Te falta dinero para cenar. ¿Te bastan con cinco dólares?

—Oh, no, señor. No quiero que me ayude más. Es que he visto la oportunidad de corresponder a su favor.

—¿Ah, sí?

—Acaba de decir que va a matar a King Russel y Donald Overon.

—Te aprendiste bien los nombres.

—No puede matarlos, señor Parker.

—No me digas que ya los liquidaron. El del registro me dijo, cuando llegué que estaban en Forrestville, y que los encontraría en el *saloon* Perla Blanca.

—No, señor Parker, no los mataron.

—¿Entonces?

—Es que ellos son dos pistoleros. Lo sé por el *marshal*, y le aseguro que deben ser de cuidado porque los quieren elegir para transportar el oro desde el poblado minero a Forrestville. Al parecer, son dos fulanos que sacan y disparan como diablos.

—Eso ya lo sabía.

—¿Lo sabía? —Hizo Roger un gallo con la voz.

—Sí, Simmons… Tranquilízate. —Parker le dio una palmada en el brazo y salió del hotel.

Rogers se quedó con la boca abierta. Le dijo al del registro:

—Eh, oiga, ¿ha oído eso…?

—Sí, chico, no me he perdido palabra.

—El señor Parker debe estar loco.

—En eso estamos de acuerdo. Me lo pareció desde que llegó. Pidió enseguida un baño con jabón francés. Se quitó su indumentaria y se puso ésa tan elegante… A nadie se le ocurriría vestir así en un lugar como éste y, para colmo, ahora va en busca de King Russel y Donald Overon… En fin, chico, hay gente así de chiflada. Descanse en paz el señor Jim Parker.

—No puedo perdérmelo —dijo Rogers Simmons y echó a correr hacia la calle.

CAPÍTULO II

Jim Parker entró en el *saloon* Perla Blanca.

El local otra vez se había llenado de público.

Un empleado estaba colocando un cristal en la ventana.

Se habían formado grupos en distintos lugares del local, pero el más numeroso era el que presidía el pelirrojo Leslie Allen.

—Muchachos, ni siquiera necesitamos volver a Oro City para tomar una decisión. Tal como están las cosas, creo que el *marshal* ha estado acertado. Los que estén a favor de que el oro sea transportado por King Russel y Donald Overon que levanten la mano.

El dio el ejemplo levantando el brazo y enseguida le imitaron los demás.

Jim Parker escuchó aquello, pero no intervino. Siguió su camino hacia el mostrador.

Algunas personas se le quedaron mirando porque estaba muy limpio, muy aseado, con la barba recién rasurada, y hasta olía a perfume.

Un viejo se puso los dedos en la nariz y dijo:

—¿Quién ha abierto una cloaca?

Jim no se dio por aludido, y las palabras del viejo fueron coreadas con risas por algunos clientes. Llegó ante la barra, que era servida por tres hombres.

Se le acercó uno de ellos, que tenía la cara aplastada, ancha, y con una pequeña nariz.

—¿Qué le sirvo, lechuguino?

Jim, sonriendo, alargó su mano y cogió al tipo por el cuello.

—Oye, enano, si me vuelves a llamar lechuguino, te quito la poca nariz que te queda.

El fulano se puso rojo, porque no podía respirar. Hizo un esfuerzo y logró articular unas palabras.

—Sí, señor, ya no le llamaré lechuguino.

—Pues sírveme un *whisky*.

Mientras Cara Ancha llenaba el vaso, Leslie Allen disparó el revólver al aire.

—¡Silencio!

Logró que se acallasen las conversaciones y luego agregó:

—Hemos acordado entre los principales mineros que King Russel y Donald Overon transportarán la próxima remesa de oro desde el poblado hasta Forrestville.

La mayoría de los que escuchaban aplaudieron.

Leslie Allen hizo otro disparo para imponer silencio, y se encaminó hacia una mesa del fondo, donde había cuatro hombres jugando al póquer.

—Señor Russel, señor Overon, imagino que habrán oído.

Dos hombres dejaron de prestar atención al juego.

Eran King Russel y Donald Overon. El primero tenía cara de facciones alargadas y ojos muy negros. El segundo tenía los párpados muy blancos y, como las cejas también eran blancas, le daban a aquel trozo de su cara un aspecto siniestro.

—Sí, le hemos oído, Allen —contestó Russel.

—Transportarán el oro desde Oro City a Forrestville y cobrarán un diez por ciento de cada remesa.

—Trato hecho.

De pronto se oyó una voz:

—No puede haber trato.

Todos volvieron la cabeza hacia el lugar donde estaba el hombre que había pronunciado aquellas palabras, y quedaron asombrados al ver a aquel forastero tan bien trajeado, tan limpio, y que sonreía con un vaso de *whisky* en la mano.

—¿Dijo usted algo? —preguntó Leslie Allen.

—Sí. Dije que no puede haber trato.

—¿A qué se refiere?

—A que King Russel y Donald Overon no podrán transportar el oro desde su poblado hasta Forrestville.

—¿Por qué cree que no?

—Es la mar de sencillo: porque se van a morir ahora mismo.

La respuesta de Jim Parker dejó a los clientes más perplejos. La mayoría se habían quedado con la boca abierta porque no querían dar crédito a sus oídos. Todos tenían un miedo cerval a los dos pistoleros, a Russel y a Overon, y por eso los habían rehuido. Y ahora un tipo, que vestía impecablemente y que hablaba con mucha corrección se atrevía con ellos.

Allen carraspeó porque sintió lástima desde el primer momento por aquel forastero.

—Oiga, amigo, debe haber bebido demasiado.

—Sólo este trago —dijo Jim levantando su vaso.

—Entonces, es nuevo.

—Sí, señor, acabo de llegar.

—Muy bien. Haremos como que no hemos oído nada, señor como se llame. Ande, beba su vasito de *whisky* y estése quietecito ahí. Estamos contratando a estos dos hombres. Son muy hábiles con el revólver. Tan hábiles que son capaces de sacar y disparar en una fracción de segundo.

Puso mucho énfasis en sus últimas explicaciones para que penetrasen en el cerebro de aquel forastero.

—Me gustaría saber lo rápidos que son —dijo Parker.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Que yo no creo que sean tan rápidos como usted dice, pero de todas formas podríamos hacer una prueba.

—¿Una prueba?

—Conmigo.

—¿Con usted…? Oiga, amigo, no sabe lo que dice. No…, no lo sabe —tartamudeó Allen.

Roger Simmons estaba en la puerta como una estatua y se movió hacia Jim. Al llegar a su lado le habló en voz baja:

—Señor Parker, ya le he dicho que se iba a meter en un lío. Pero todavía puede salirse. Ande, cójame de la mano y cierre los ojos. Le sacaré de aquí como si estuviese ciego. Si hace bien su papel, se la pegaremos a todos.

—No estoy ciego.

—Entonces haremos una cosa mejor.

—¿Cuál?

—Póngase a pegar gritos y diga: «¡Me he vuelto loco…! ¡Me he vuelto loco…!». Y también escaparemos.

—Y si agrego que soy Napoleón saldrá mejor.

—Es una buena idea, señor Parker. Diga que es Napoleón o Josefina.

—Agradezco tu intervención, Simmons, pero no soy Napoleón ni Josefina. Ya te he dicho que soy Jim Parker y que vine a Forrestville para matar a dos puercos.

Al contrario de Simmons, Jim Parker había hablado en voz alta, de modo que todos pudieron oír aquella frase referente a los puercos.

El pelirrojo Allen se rascó una patilla.

—Oiga, Parker, creo que no sabe dónde se ha metido.

Uno de los pistoleros, King Russel, habló por primera *vez*:

—Pero no va a tener oportunidad para arrepentirse.

El otro pistolero, el de los párpados blancos, sonrió y su gesto fue feroz cuando dijo con los dientes apretados:

—Ya tenía ganas de encontrarme a un buen mozo que quisiese saber lo rápidos que somos.

—Aquí lo tiene —dijo Jim Parker.

El viejo, que se había metido con el olor de Jim, estaba muy borracho, y se acercó a Jim haciendo una pirueta.

—Oh, qué lindos olores.

Parker le habló sin perder la sonrisa.

—Abuelete, si no se quita de en medio, lo meto en la escupidera.

El viejo se apartó con rapidez.

King Russel y Donald Overon se levantaron.

—He oído que se llama Parker —dijo King Russel.

—Ha oído bien. Soy Jim Parker.

—Y va muy elegante.

—Me gusta el aseo. —Jim se miró los dedos de la mano izquierda—. Me lavo todos los días y también me arreglo las uñas.

—Sí, está muy guapito.

—Eso ya no es cosa de arreglo. Me echaron al mundo así de mono.

Donald Overon se pegó una palmada en el muslo y soltó una carcajada.

—Eh, King, ¿has encontrado un muerto más chistoso en toda tu vida?

—No, palabra que no —contestó Russel—. Este muchacho es un

genio para hacer reír.

Los clientes se vieron obligados a soltar también la carcajada y se armó un gran alboroto de risas.

Roger Simmons quiso aprovechar el momento y también rió, aunque muy forzadamente y, cogiendo a Jim del brazo, dijo:

—Vamos, muchacho, éste es el momento para escapar. Hiciste un gran número, sí, señor.

—¿Tú crees?

—¿No ves tu éxito? Seguro que te ganas la vida en un circo.

—No, Simmons, no me gano la vida como payaso.

—¿Y cómo te la ganas?

—Pegando tiros.

—Entiendo, te ganas la vida en el circo tirando al blanco.

—Nada de circo.

Ya no hubo lugar para que hablasen más porque King Russel y Donald Overon echaron a andar hacia el lugar donde Jim se encontraba.

Los clientes se apartaron en abanico, y con mucha rapidez, del camino de los dos pistoleros. Éstos se detuvieron a unos seis metros de Jim Parker y dejaron colgar los brazos.

Las risas se fueron acallando y reinó un silencio impresionante, tan sólo interrumpido por los ruidos que hacía el empleado que ponía el cristal.

—Eh, tú, cristalero —dijo Russel—, deja las manos quietas por unos instantes.

El empleado obedeció.

Russel señaló a Jim Parker y dijo:

—Se te van a ensuciar muy pronto las uñas con la tierra que te echen encima cuando te entierren.

—Ya veremos a quién entierran.

—Una pregunta —intervino Overon—. ¿Por qué nos buscas?

—Porque sois dos repugnantes asesinos.

CAPÍTULO III

La respuesta de Jim Parker hizo saltar a algunos clientes.

Una *girl* lanzó un grito y se desmayó, y, como las personas que estaban a su lado se encontraban distraídas, se pegó contra el duro suelo. Y allí quedó abandonada.

Russel rezongó:

—Oye, Parker, no es que queramos tener una consideración contigo, pero vamos a sentir echarte a perder el traje.

—No me digas.

—Sí, te lo vamos a salpicar de sangre.

—No me gusta que me estropeen los trajes. Los elijo yo de colores claros porque me sientan bien.

—Ahora ése te va a sentar muy mal porque se llenará de agujeros.

—¿No me vais a preguntar por qué os llamo repugnantes asesinos?

—No hace falta. Ya dijiste bastante.

—No, no dije bastante. Quiero que sepáis por qué llegué hasta aquí. Hace seis meses matasteis a Gloria Connors en Davenport, Kansas. Ella tenía dieciocho años y estaba en la flor de la vida. Estuvisteis dos días en la ciudad y le echasteis el ojo. Ella trabajaba con una modista y salía todos los días a las seis de la tarde.

—No sabemos nada de eso.

—Alguien os vio. Un pobre viejo, que no se atrevió a intervenir. Se llama Arthur Douglas. Vio cómo cogíais a la muchacha y la metíais a la fuerza en el establo de Spencer Harris. Y allí fue donde Gloria Connors apareció forzada y muerta… Hay bichos que no merecen vivir y vosotros sois los dos peores. Y a las alimañas se las destruye porque siguen haciendo mal hasta que no están sepultadas.

King Russel y Donald Overon estaban muy serios.

—Parker, trata de sacar.

Simmons seguía al lado de Jim, y éste le dijo:

—Apártate, muchacho.

—¿Se va a atrever con ellos dos?

—He dicho que te alejes.

El muchacho llegado de Kentucky tragó saliva mientras retrocedía.

Cuando el rubio se alejó, Jim Parker dijo:

—Saquen ustedes.

—¿Nosotros? —dijo Overon.

—Sí, ustedes.

King Russel y Donald Overon sonrieron.

—Está loco —dijo el de las cejas blancas—. Completamente loco.

Dijo aquello para exaltar a Parker y entonces él y King tiraron del revólver.

En el *saloon* se produjo un trueno.

Todos estaban mirando a la supuesta víctima, a Jim Parker, porque querían ver cómo recibía el plomo y cómo volaba por encima del mostrador. Pero él siguió quieto allí, mientras de su mano derecha brotaban llamaradas.

Y entonces los clientes desviaron los ojos hacia King Russel y Donald Overon y vieron cómo manoteaban.

King Russel se elevó dos palmos en el aire porque un plomo le había mordido en el estómago. Y todavía se levantó más cuando un proyectil le agujereó la entrepierna.

Y en cuanto a Donald Overon, parecía un lobo de tanto que aullaba, porque las dos balas se le habían clavado en la garganta y por ellas arrojaba sangre a borbotones, sangre y burbujas de aire.

Los dos se desplomaron arrollando una mesa y tres sillas.

El local volvió a quedar en silencio.

King Russel y Donald Overon ya no se movían.

Jim Parker sopló el cañón del revólver, pero no lo enfundó. Con movimientos lentos se puso a rellenar el cilindro con plomos.

Los clientes seguían inmóviles, como estatuas, tal era su asombro por el final imprevisto de aquel duelo.

Roger Simmons, cuya cara estaba blanca como el yeso, fue el

primero en romper aquella inmovilidad y se acercó a Jim Parker, aunque lo hizo tambaleándose.

—¿Cómo lo hizo, Parker?

—Fue fácil, muchacho. Saqué el revólver y apreté el gatillo.

—Ah, bueno —dijo Roger como si con aquella frase hubiese quedado explicado todo.

El *marshal* Chuck Newton entró en aquel momento con el revólver en la mano.

—¿Qué infiernos ha pasado aquí? —gritó furioso.

Leslie Allen le contestó:

—Nos quedamos sin sus recomendados.

—¿Eh?

—Écheles una mirada.

Chuck Newton desvió los ojos hacia el lugar que Allen le señalaba y vio a los dos pistoleros tendidos en el suelo, ensangrentados.

—¡Maldita sea! Si discutieron por el oro, no debieron matarlos. Meteré en la cárcel a todos los que han sacado el revólver. Juro que irán a parar a una celda. ¡Los que mataron a estos dos hombres! ¡Quiero que levanten la mano!

Un solo hombre levantó la mano: Jim Parker.

—¡Muy bien! —dijo el *marshal*—. ¡Ya tenemos a uno! ¡Que levanten las manos los demás!

Nadie levantó la mano.

—¿Qué pasa? ¿Es que tienen miedo…? —chilló el *marshal*—. ¡No se van a librar de todas formas! ¡He dicho que detendré a todos los culpables y no me vuelvo atrás!

Leslie Allen intervino:

—*Marshal*, ese hombre fue el único que disparó contra King Russel y Donald Overon.

Newton entornó los ojos y quedóse tan asombrado como los testigos de aquel duelo.

—¿Quién es usted?

—Jim Parker.

—¿Jim Parker? He oído hablar de un Jim Parker, de un pistolero al que llaman Caballero Jim porque dicen que es muy fino.

—Soy yo.

—De modo que es Caballero Jim.

—Puede llamarme Caballero Jim si gusta, *marshal*, pero le repito que mi nombre es Jim Parker.

—¿Por qué los mató?

—Que se lo diga Leslie Allen.

—¿Por qué no usted?

—No me gusta contar dos veces las historias.

Leslie Allen dijo:

—Según el señor Parker, King Russel y Donald Overon violaron y mataron a una joven.

—¿Eso es lo que usted dice, Parker…? ¡No me basta!

Jim metió la mano en el bolsillo y sacó una cartera de la que extrajo un papel.

—Le leeré esto —hizo una pausa—: «Yo, el *sheriff* de Davenport, estado de Kansas, autorizo a Jim Parker para que, como agente de la justicia a mis órdenes, persiga a King Russel y a Donald Overon por haber abusado y asesinado a Gloria Connors, muchacha de dieciocho años, ciudadana de Davenport». —Levantó la mirada—. Está fechada por el *sheriff* Richard Foster, el 3 de marzo de este año.

Le dio el papel a Roger Simmons.

—¿Quieres alargárselo al *marshal*?

Simmons se acercó con el papel al *marshal* y se lo entregó.

Newton hizo la comprobación, leyendo para sí el contenido del escrito. Después lo devolvió al rubio y, mientras éste se acercaba a Parker, preguntó:

—¿Cuánto le pagaron por este trabajo, Caballero Jim?

—Este trabajo lo hice por muy poco.

—¿Por cuánto?

—Por nada.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Hay cierta clase de asesinatos que me dan asco y éste fue uno de ellos.

—¿Fue un duelo legal?

—Pregunte a los testigos.

Leslie Allen intervino otra vez:

—Sí, *marshal*, fue un duelo sin ventajas para Jim Parker. Russel y Overon le dijeron a Jim Parker que sacase primero, pero él renunció a esa ventaja y propuso que ellos iniciasen el saque. Y así lo hicieron.

El *marshal* Newton sacudió la cabeza.

—Oí decir que era usted rápido, Parker, pero no sabía cuánto. Queda en libertad.

—Agradecido, *marshal.*

—No me de las gracias. Supongo que se quedará poco tiempo aquí.

—Muy poco, *marshal*. Me iré mañana.

—Será una suerte para mí y para todos los ciudadanos de Forrestville. No nos gustan los tipos que resuelven sus negocios a tiros.

—Entiendo.

—Ni tampoco los cazadores de recompensas.

—Ya le he dicho que en este asunto no cobro recompensa.

—Lo decía de un modo general.

El *marshal* dio por terminado aquel diálogo personal con Jim Parker y se dirigió a dos hombres:

—Muchachos, saquen los cadáveres y transpórtenlos a la funeraria.

Jim Parker dio una palmada a Simmons.

—¿Quieres un trago, Roger?

—Creo que se lo voy a aceptar. Tengo la garganta reseca. Algo así como si hubiese atravesado por segunda vez el Desierto Pelado.

—Fue dura esa travesía, ¿eh?

—Me quedé sin agua y, cuando creí que iba a morir de sed, me salvó un apache.

—*Whisky* para los dos, amigo.

El empleado de la pequeña nariz se dio mucha prisa en servir el *whisky*, porque Jim Parker ya le inspiraba un gran respeto.

Jim sintió que le tocaban el brazo y, al volver la cabeza, vio a su lado al pelirrojo Leslie Allen.

—Gracias por la explicación que dio al *marshal*, Allen.

—No hay de qué, Parker. Sólo me limité a decir la verdad. Usted oyó lo que pretendíamos de Russel y Overon.

—Sí, los iban a elegir para transportar el oro del poblado minero hasta esta ciudad. Sinceramente, creo que les hice un favor. Esos granujas se la habrían pegado tarde o temprano.

—Señor Parker, quisiéramos que usted ocupase su lugar.

—¿Cómo?

—Le estoy proponiendo que usted transporte el oro.

—Lo siento, pero no es mi trabajo.

—Cobrará un diez por ciento de cada envío. Puede ser una cantidad importante.

—No lo dudo. Pero ya le he dicho que no acepto, Allen.

—Oiga, hemos sufrido ya dos asaltos con una pérdida de más de cincuenta mil dólares entre los dos envíos. Y las personas que transportaban el oro fueron muertas. Quiero decir que se trata de un trabajo peligroso.

—No dudo que lo sea. Pero le repito que no es lo mío, señor Allen.

—¿Y qué es lo suyo, señor Parker?

—Ajustar las cuentas a los más canallas.

—Aquí también puede ajustar cuentas a unos tipos que son unos asesinos, además de salteadores.

—Oiga, sólo acepto trabajos cuando resulta muy difícil echar mano al culpable.

—Aquí está resultando difícil.

—Pero hay un *marshal.*

—El señor Newton no puede hacer mucho.

—¿Por qué no?

—Los asaltos son cometidos entre diez y veinte millas al norte de la ciudad, todavía es zona montañosa.

—Eso no es obstáculo para que el *marshal* intervenga. Los asaltos se cometen en el territorio de su jurisdicción y él debe organizar las cosas para atrapar a los ladrones y asesinos. Además, hay algo, señor Allen. He de viajar hasta Wichita. Tengo allí una chica que me está esperando. Ya debía estar con ella y, por culpa de King Russel y Donald Overon, me retrasé unas semanas. El asunto de ustedes es grave, pero lo pueden solucionar sin mi ayuda.

—Imagino que es su última palabra.

—La última.

—Perdone que lo haya intentado.

—No se preocupe. Comprendo su punto de vista. Maté a los dos hombres que quería contratar y pensó en mí para sustituirlos.

—Hasta luego, señor Parker.

—Buena suerte.

Leslie Allen se retiró y se puso a hablar con los mineros en un

lugar del *saloon.*

Roger Simmons chasqueó la lengua.

—Me alegra que no haya aceptado, Parker.

—¿Por qué?

—Me ha resultado simpático y no me gustaría que lo matasen.

Jim se echó a reír.

—Tampoco a mí me gustaría… —Bostezó—. Tengo sueño.

—Yo también. Hice un largo viaje.

—Entonces, ¿qué estamos esperando? Vámonos al hotel.

El patilludo del registro los vio entrar y dio un respingo.

—Señor Parker, creí que estaría muerto.

—Otros también lo pensaron.

—¿Liquidó a King Russel y a Donald Overon?

—De los pies a la cabeza… Ande, denos las llaves de nuestras habitaciones.

Arriba, en el corredor, Jim y Simmons se estrecharon la mano.

—Saldré muy temprano de Forrestville, Simmons. Hasta la vista y que encuentres pronto el oro que viniste a buscar.

—Gracias, Parker. Una pregunta: ¿quién es la chica que te espera en Wichita? —lo tuteó también.

—Una *girl* de campeonato.

—¿Te vas a casar con ella?

—¿Yo? —Se echó a reír Jim—. No, Simmons, yo no me casaré.

—¿Por qué no?

—Llevo una vida demasiado peligrosa y no me gustaría dejar viuda y huérfanos de padre.

Todavía sonriendo, Jim Parker se metió en su habitación.

CAPÍTULO IV

Jim Parker se estaba lavando los dientes.

Tenía por costumbre hacerlo dos veces al día. Por la mañana, al despertarse, y por la noche, antes de irse a dormir, como ahora.

Llamaron a la puerta.

Pensó que era Simmons que habría olvidado decirle algo. Ambos se tenían simpatía. Se dejó el cepillo en la boca y abrió.

Pero no era Simmons, sino una pelirroja, una mujer hermosísima y de rostro muy bello.

—Hola, ¿es usted Jim Parker?

Jim tenía el cepillo en la boca y no podía hablar, de modo que hizo un gesto afirmativo.

—¿Puedo pasar?

Jim le hizo un gesto con la mano para que entrase y luego se dirigió al lavabo. Se quitó el cepillo y se enjuagó la boca.

Después de secarse con la toalla se volvió hacia su visitante.

—Perdone, señorita.

—Soy la señora Ulmer… Fui casada, pero ahora no lo soy.

—¿Se divorció?

—No. Enviudé.

—Lo siento.

—Mi marido murió hace cinco años… El fundó el Banco de esta ciudad. Yo soy ahora la que lleva las riendas del mismo.

—Sé que las mujeres se están metiendo poco a poco en los negocios de los hombres, pero nunca conocí a una banquera.

—Pues ya la conoce.

—Y es muy bella.

—Gracias.

—Una banquera hermosa debe ser una ventaja para ganar

dinero.

Las mejillas de la señora Ulmer enrojecieron.

Jim Parker le calculó unos veintiocho o veintinueve años. Era esbelta, con curvas pronunciadas, unas curvas que guardaban la debida proporción con la estrecha cintura y la largura de sus piernas.

—No estoy ganando dinero, señor Parker. Todo lo contrario. Las cosas van muy mal para mi Banco.

—Lo lamento.

—Creí que había llegado una gran época, pero me estoy equivocando…

—¿Ha hablado con Leslie Allen?

—Sí.

—Perdone, señora Ulmer, pero se ha molestado demasiado al venir aquí.

—¿Quiere decir que habría venido usted a mi casa si le hubiese mandado un aviso?

—No, no quise decir eso. Se trata de que no me va a convencer para que acepte el trabajo de transportar el oro desde el poblado minero hasta Forrestville.

—Le estaba hablando de mi Banco, señor Parker. Voy a ser más sincera con usted. Estoy en crisis. He hecho algunas malas inversiones. Si la mitad de los impositores pidiesen su dinero mañana, me tendría que declarar en quiebra.

—¿Hasta ese extremo ha llegado?

—Sí, señor Parker. Pero, naturalmente, los impositores no lo saben. De lo contrario, cundiría el pánico.

—Es usted ion poco atrevida al confiarme sus pecadillos, señora Ulmer.

—He corrido un riesgo, pero estoy segura de que usted no saldrá de aquí para informar a los ciudadanos que el Banco Ulmer está al borde de la ruina.

—No, descuide, no se lo diré a nadie. Pero le aconsejo que haga todo lo posible para responder a sus obligaciones. Sería muy lamentable que las personas que confiaron en usted perdiesen su dinero.

—Lo perderán irremisiblemente si usted no me presta la ayuda que necesito.

—Conque siempre volvemos a lo mismo. A que yo soy su salvación.

—Sí, señor Parker. Si usted consigue que el oro de los mineros sea depositado en mi Banco, todo cambiará… Gracias al oro, obtendré los créditos que necesito de otros Bancos más importantes, los de la capital del estado, con centrales en Nueva York. Ese milagro sólo lo puede hacer el oro que están encontrando en las montañas Negras. He vivido varias semanas con esa esperanza. Pero ya ve lo que está pasando. El oro no llega a su destino porque los salteadores se apoderan de él y matan a las personas que lo transportan. Me han dicho de qué forma se libró usted de King Russel y Donald Overon. Leslie había pensado en ellos para el transporte del oro, pero usted los mató.

—Según su lógica, y la de Leslie, como yo los maté, tengo que ser el nuevo transportista del oro.

—No se considere obligado por eso. Le estoy suplicando que me haga un favor.

—Señora Ulmer, comprendo sus razones, pero no son suficientes para mí.

—Los mineros le prometieron el diez por ciento.

—Sí.

—Yo le daré otro diez por ciento.

—¿No es demasiado alto para usted el precio?

—No, señor Parker. Con ese oro yo podré obtener beneficios de hasta un veinte por ciento. Si gracias a usted evito la quiebra y levanto el crédito de mi Banco, es justo que compartamos los beneficios.

Jim sonrió mientras sacudía la cabeza.

—Lo pone usted muy tentador, señora Ulmer.

—Obtendrá buenos beneficios. Y además.

—¿Además?

Ella lo miró profundamente a los ojos.

—Contará con mi agradecimiento.

Jim la miró durante unos instantes y luego se puso a pasear por la estancia, frotándose el cogote.

—Me pone usted en un compromiso, señora Ulmer.

—¿Por qué?

—Quería ir a Wichita. Allí me espera un negocio importante.

En aquel momento se abrió la puerta y Roger entró, pero no vio a la señora Ulmer, y dijo:

—Eh, Jim, esa *girl* que te espera en Wichita, ¿no tiene una compañera? Es que si tengo pareja, me voy contigo. ¡Al diablo el oro!

Jim dio un suspiro y se miró la punta de las botas.

Roger Simmons estaba sonriendo todavía cuando descubrió a la señora Ulmer.

—Oh, perdón, Jim, no sabía que tuvieses un plan. Metí la pata.

—La estás metiendo demasiadas veces, Roger —señaló a la señora Ulmer—. Ella no es un plan.

—¿Ah, no? —dijo Roger con su aire ingenuo.

—No, Roger, ella es la señora Ulmer, dueña del Banco de Forrestville, y vino para que me hiciese cargo de los transportes de oro.

—Perdone, señora Ulmer… Perdona, Jim.

Roger salió atropelladamente, cerrando tras de sí.

—Discúlpelo, señora Ulmer —sonrió Jim—. Lo acabo de conocer, pero parece un buen muchacho.

—Dijo una grosería.

—Es natural que la dijese. Usted corrió un riesgo viniendo a la habitación de mi hotel.

Ella levantó la barbilla.

—Fui discreta, señor Parker. Entré por la puerta posterior. Y hablando de discreción ya sé, gracias a su nuevo amigo, quién le espera en Wichita. Una *girl*.

—Sí, señora Ulmer. Es una *girl*.

—Lo llamaba usted negocio importante.

—Para mí lo es.

—¿Quizá está enamorado de ella?

—No, señora Ulmer. No estoy enamorado de ella.

La *girl* que me espera en Wichita es lo que podemos llamar un plan, como dijo Simmons con respecto a usted.

Las mejillas de la señora Ulmer enrojecieron otra vez.

—Creo que he perdido el tiempo —dijo.

La señora Ulmer se dirigió hacia la puerta para salir, pero Jim la cogió del brazo.

—Espere, señora Ulmer.

Ella volvió la cara y Jim la tuvo tan cerca que pudo apreciar sus bellos rasgos, los grandes ojos azules que le miraban, los labios entreabiertos, húmedos.

—¿Cuál es su nombre, señora Ulmer?

—Doris.

—Muy bonito.

Otra vez miró los labios de ella. Sí, eran unos labios muy jugosos. Tenía ganas de besarlos y los besó.

Ella forcejeó y luchó contra él hasta que quedó libre.

—Señor Parker, ha ido demasiado lejos —exclamó con ira.

—Lo siento.

—Celebro que no haya aceptado el empleo.

—Se equivoca. Ya lo acepté.

—¿Está dispuesto a transportar el oro?

—Sí.

—Creo que le comprendo, señor Parker. No lo hace por el diez que le darán los mineros y por el otro diez que le daré yo. Yo le dije que contaba con mi agradecimiento, y me temo que usted lo ha interpretado mal. Ha pensado que yo… que yo puedo ser un plan, como ustedes dicen.

Jim no tenía nada que decir y no lo dijo.

—No, señor Parker —prosiguió la hermosa Doris—, no voy a ser para usted un plan. Puede irse a Wichita en busca de su *girl*.

—Le he dicho que aceptaré.

—¿Está seguro de lo que hace?

—Siempre estoy seguro de lo que hago.

—¿Y qué espera conseguir, además del veinte por ciento?

—Sólo eso: el veinte por ciento.

Ella levantó la barbilla.

—No vuelva a hacer lo que ha hecho. Jamás se le ocurra besarme.

—No se preocupe. No la besaré.

—Eso está mejor.

—A menos que usted me lo pida.

—¿Espera que yo le pida que me bese?

—Quién sabe.

—¡Eso jamás ocurrirá, señor Parker! ¡Métaselo enla cabeza! ¡Nunca!

Jim sonrió.

—Nos volveremos a ver cuando traiga la primera remesa de oro, señora Ulmer.

—De acuerdo.

Doris Ulmer iba a salir, pero él se lo impidió de nuevo.

—Espere un momento, señora Ulmer.

—¿Qué quiere ahora?

—Necesito un empleado.

—De acuerdo. Puede contratar el pistolero que quiera. Usted sabrá elegirlo bien.

—El cobrará cien dólares por cada viaje.

—Debería repartir su tanto por ciento con él. —De eso ni hablar. El cobrará los cien dólares y no se reducirán de mi parte. Eso o no hay nada de lo hablado, señora Ulmer.

La joven se mordió el labio inferior.

—Es usted un chantajista.

—Señora Ulmer, si yo fuese un chantajista, le habría pedido un par de besos.

—¿Y por qué no lo hace?

—Porque yo nunca beso a una mujer si ella no lo desea.

—¿Supone que antes deseaba que me besase?

—Sí.

—¿Cómo se atreve? ¡Yo no deseaba que me besase!

—Debió ser un error mío, de modo que acepte mis disculpas.

—Es usted un hombre muy correcto.

—Sí, dicen que soy muy fino, y por ello me llaman Caballero Jim.

Ella dijo con ironía:

—De acuerdo, Caballero Jim. Su empleado cobrará cien dólares.

—Gracias, señora Ulmer, tuve mucho gusto en conocerla. Y ahora será mejor que se marche. A pesar de que entró por la puerta de atrás, el empleado que le facilitó la entrada tendrá la mosca en la oreja, y no estaría bien que él pensase mal de la banquera de Forrestville.

—Esa advertencia no me pareció tan caballerosa, señor Parker.

La joven salió y dejó la puerta abierta.

Jim permaneció unos instantes sonriendo, hasta que los pasos de la bella pelirroja se perdieron por el fondo del corredor.

Entonces se dirigió a la habitación de Simmons y entró.

Roger estaba tendido en la cama.

—Eh, Jim, no te privas de nada. Menuda señora tenías ahí dentro.

—Lástima que no fuese un plan, ¿verdad?

—Ya lo creo. Demonios, yo siempre soñé con una de ésas.

—Pues la verás más de una vez.

—¿Por qué dices eso, Jim?

—Porque trabajarás para ella.

—¿Yo trabajar para ella?

—Roger, me voy a encargar del transporte del oro y tú me echarás una mano.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Pero si no sé usar un arma.

—Vi que tenías un cuchillo.

—Sí, aquí lo tengo.

—Hazme una demostración con él.

En la mesilla de noche, además del cuchillo de Roger habla un mazo de naipes muy usados. Jim Parker cogió el de arriba, que resultó ser el rey de corazones. Se dirigió con él hacia la puerta y apoyó el naipe en ella.

—¿Qué estás esperando, Jim? Quiero ver cómo clavas el cuchillo en el naipe.

Roger se escupió en las manos.

—De acuerdo, Jim, te haré la demostración.

—Bastará con que alcances el naipe por un borde.

—¿Por un borde dices? —Se echó a reír Roger.

Cogió el cuchillo, entornó los ojos, observando el naipe, y lanzó el acero.

El cuchillo se clavó justo en el centro del naipe.

Jim apartó su mano y el cuchillo sostuvo el naipe sobre la puerta. Encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Muchacho, con esa puntería no te hace falta saber usar el revólver.

—¿Quedo admitido?

—Claro que estás admitido.

Jim fue al lado de Roger y se estrecharon la mano.

—Bien venido, socio —dijo Jim Parker.

—Lo mismo digo.

—Aunque le he sacado a la señora Ulmer cien dólares para ti, partiremos los beneficios.

—De ninguna manera.

—Tú te callas. Yo soy el jefe. ¿O es que vas a empezar a discutir mis órdenes antes de que empecemos el trabajo?

CAPÍTULO V

Jim Parker y Roger Simmons ya estaban en Oro City.

Las casas de madera habían sido construidas en cualquier sitio, en lo alto de una roca o al lado de una barranquera.

Había un *saloon* y varias cantinas, pero todavía nadie había logrado establecer un almacén general, debido a que, llevar la mercancía allí era muy difícil porque no existía ningún camino de carros. Se llegaba a Oro City a caballo, o con mulas, cruzando por caminos que bordeaban grandes abismos.

Los mineros estaban en todas partes y, desde el propio lugar denominado Oro City, se veían en los montes cercanos columnas de humo, fieles señales de que en aquel lugar había hombres cavando la tierra en busca del preciado metal.

Cuando los dos socios llegaron a la barranquera que, supuestamente, podía pasar por la calle principal de Oro City, había estallado un altercado. Varios hombres rodeaban a un joven rubio.

—Bill, te vamos a colgar —dijo un grandullón, que estaba a torso desnudo mostrando su pecho lleno de vello, como un gorila.

—Ese terreno es mío, Peter —repuso el rubio.

—No, muchacho, no lo es. Todo el mundo lo sabe que esa tierra es de Peter Balcón.

—Te la gané al póquer.

—¡Y un cuerno!

—Jugamos la partida anoche.

—Yo no me acuerdo de nada de lo que pasó anoche.

—Estabas un poco mareado.

—Tú me emborrachaste.

Bill se echó a reír.

—¿Creen ustedes que alguien puede emborrachar a Peter

Balcón?

Las carcajadas atronaron aquel lugar.

Un viejo cacareó:

—A Peter no hace falta que lo emborrache nadie. Lo hace él solo en cuanto encuentra una botella de *whisky*.

El llamado Peter pegó ion sopapo al viejo y lo mandó dando vueltas por la barranquera. Luego señaló a Bill amenazadoramente:

—Escúchame, Bill Morris. Todos sabemos quién eres. Un tramposo.

—¿Yo un tramposo?

—Sí, un fullero, si lo quieres oír de otra forma.

—No hay nadie más honrado que yo en estas montañas. Pongo al cielo por testigo de que en todo Kansas soy conocido por un apodo que me llena de gloria.

—Bill *el Tahúr* —dijo Peter con los dientes apretados.

—No, Peter, no es Bill *el Tahúr*.

—Entonces debe ser Bill *Naipe en la Manga*.

Los testigos de la escena rieron aquellas palabras.

Bill, muy indignado, dijo:

—Escuchen el verdadero apodo de Bill Morris —hinchó los pulmones de aire y observó que los oyentes estaban esperando sus palabras—: Me llaman Bill *el Sincero*.

Siguió un silencio.

—¿Bill *el Sincero*…? —rezongó Peter—. Si tú eres Bill *el Sincero*, yo me como esta pala.

Cogió una enorme pala y la enarboló en el aire.

—Peter —dijo Bill *el Sincero*—, te gané esa tierra honradamente, pero estoy dispuesto a vendértela.

—¿Ah, sí? ¿Por cuánto?

—Por veinticinco dólares.

—Eres un estafador. Pero yo no estoy dispuesto a comprarte nada que me pertenece… Te voy a dar un escarmiento para que ya no uses tus sucios naipes con nosotros… Te colgaremos de la encina hasta que saques un palmo de lengua.

—Eso no es un escarmiento Si me matáis, ya no volveré a usar los naipes.

—Eso es lo que queremos… Vamos, muchachos, la cuerda.

Uno de los mineros lanzóse sobre Bill Morris y le pasó un lazo

por la cabeza antes de que el rubio pudiese evitarlo.

—¡Socorro…! ¡Auxilio! —gritó la víctima.

Peter rió.

—No, muchacho, nadie va a venir en tu auxilio porque todos estamos de acuerdo en que un tramposo como tú se debe ir al infierno.

—Eso, al infierno con Bill *el Sincero* —exclamó uno de los hombres.

Los mineros estaban festejando aquellas palabras con risas.

Bill trató de liberarse del lazo, pero el hombre que manejaba éste tiró de él.

—Que te ahorca antes de tiempo, Bill.

En aquel momento habló Jim Parker.

—Suelten a ese hombre.

Estaba todavía en la montura, junto a Roger Simmons.

Nadie se había percatado hasta entonces de la presencia de los dos forasteros.

Peter, que parecía el jefe del grupo, arrugó el ceño.

—¿Qué es lo que ha dicho, amigo?

—Que suelten a Bill *el Sincero.*

—¿Por qué hemos de soltarlo?

—Porque no consiento que nadie ahorque a un hombre sin un juicio previo.

—Ya tuvimos un juicio.

—¿Cuándo?

—Acabamos de celebrarlo y terminarlo.

—¿Y qué juez presidió?

—Yo, Peter Balcón.

—Enséñeme su título de juez.

—No tuve tiempo para estudiar leyes.

—Entonces, el juicio no es válido ni la sentencia tampoco lo es.

Jim Parker saltó de la silla, se acercó al rubio y le quitó el lazo del cuello.

Bill estaba con la boca abierta.

—Gracias, muchacho.

—De nada.

—Pero ahora seremos dos los ahorcados. Tú y yo.

—¿Tú crees?

—Esa gente es muy bruta, y lo peor está aún por llegar.

Peter inició lo peor. Cuando habló, sus palabras estaban llenas de sarcasmo:

—Muchachos, aquí llegó un «matahombres» —señaló a Jim Parker—. Sí, señor, aquí tienen a un fulano que llega a Oro City y se cree el amó… Pero nosotros le vamos a quitar las ganas de que intervenga en nuestros asuntos. Forastero, le voy a pegar una paliza que lo va a meter en la cama por tres semanas, y cuando salga de ella, Bill *el Sincero, El Tahúr, o* como usted quiera llamarle, estará lleno de gusanos bajo tierra, porque lo habremos ahorcado.

—¿Usted pegarme a mí, Peter…? —repuso Jim—. Tenga cuidado, no lo intente.

Peter pesaba más de cien kilos y se notaba que el forastero no pasaba de los setenta.

Peter enarboló su mano derecha.

—Con el primer puñetazo lo voy a deshacer, muchacho.

—Haga lo que quiera, pero recuerde que le hice una advertencia.

Peter se lanzó sobre Jim Parker, tirándole el puño a la cara.

El joven burló hábilmente aquel golpe y replicó con un tremendo derechazo al hígado de su rival.

Peter tragó aire. Y también el puño derecho de Jim. Al menos, ése fue el efecto.

Peter se derrumbó y dio dos vueltas de campana.

Quedó tendido boca abajo, de bruces y, cuando levantó la cara, escupió dos dientes.

Jim ni se había manchado. Ya no llevaba el traje gris perla, pero su indumentaria era también muy aseada porque él seguía cuidando todos sus detalles.

—Peter, sería mejor que comprase de nuevo su tierra por veinticinco dólares a Bill *el Sincero*. Creo que él le hizo una oferta justa.

—No, forastero, no voy a pagar esos veinticinco dólares. Yo no he perdido nunca una pelea.

—Alguna tenía que ser la primera.

—¡Ésta no va a ser la primera!

Peter se levantó. Sus ojos estaban inyectados en sangre.

—Le voy a descuartizar, forastero. Ahora no se meterá en la

cama. Esta vez irá también a una fosa. Vamos a pelear a mi manera. Coja una pala.

Uno de los mineros lanzó una pala a los pies de Jim Parker.

Peter cogió otra pala y avanzó hacia Jim.

—¿Qué está esperando para coger su pala?

—Sería mejor que dejásemos esto, Peter. Le puedo hacer daño.

—Ahí tiene mi respuesta. —Peter se abalanzó sobre su antagonista y abatió la pala de arriba abajo.

Si la pala hubiese alcanzado la cabeza de Parker, se la habría partido por la mitad. Pero, en el último segundo, Jim se había dejado caer en el suelo. Y después de haber atrapado la pala, que habían arrojado a sus pies, se alejó de Peter dando vueltas.

El minero lo siguió, tratando de alcanzarle con la pala, pero siempre la clavó en la tierra.

Jim, ya bastante lejos del otro, se levantó.

Los dos rivales quedaron frente a frente manejando la pala.

—Eres muy hábil, forastero —rezongó Peter.

—No me gusta que me hagan picadillo.

Peter atacó de nuevo.

Esta vez Jim estaba preparado. Levantó su pala y paró el golpe con el mango.

Peter repitió por tres veces su ataque, que habría sido capaz de partir a un bisonte.

Jim se cansó de aquel juego y, pasando junto a Peter, le pegó un palazo en la espalda.

Peter se tambaleó hacia el abrevadero que había allí. Jim lo siguió sin dejar de darle palazos en la espalda, para mantenerlo inclinado, y cuando lo tuvo cerca de donde bebían los caballos, le pegó un palazo con todas sus fuerzas en los cuartos traseros.

Peter cayó de cabeza en el abrevadero.

Las risas atronaron el aire. Y los que más reían eran Roger Simmons y Bill Morris.

Peter había perdido su pala y estaba en el abrevadero manoteando, tratando de salir de allí. Pero Jim seguía pegándole con la pala.

—Quieto, Peter Yo soy el que ahora te puede hacer picadillo.

Peter se quedó al fin, inmóvil, arrodillado, dentro del abrevadero.

—¿Quién infiernos eres tú?
Un hombre contestó:
—Se llama Jim Parker y es el tipo que va a transportar nuestro oro desde Oro City a Forrestville.
El que acababa de decir aquello era Leslie Allen, que estaba a caballo, con otros mineros que le habían acompañado en su viaje de regreso a Forrestville.
Todos los que habían presenciado la pelea observaron con admiración a Jim Parker y empezaron a hablar entre ellos.
Jim se inclinó sobre Peter.
—Dame los veinticinco dólares.
Peter se metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes, que estaban llenos de agua. Apartó unos cuantos que entregó a Jim, y éste fue al lado de Bill Morris.
—Aquí tienes tus veinticinco dólares, Bill. Vendiste tu tierra.
—Gracias, Jim.
Leslie Allen dejó oír su voz:
—Muchachos, tenemos una reunión esta tarde a las cinco. Correr la voz. Enviaremos mensajeros a las otras montañas.
Jim Parker preguntó:
—¿Adónde se puede alojar aquí uno, Leslie?
Bill, el jugador, le contestó:
—Yo estoy en el hotel Majestad.
—Caramba, debe ser muy bueno.
—Que te crees tú eso. Se llama Majestad, pero es lo más parecido a una pocilga.
—No me esperaba otra cosa, después de la primera impresión.
—Te acompañaré, Jim.
—Tengo un socio, Roger Simmons.
Roger estrechó la mano de Bill *el Sincero*.
Leslie Allen se dirigió a Jim:
—Parker, ya oíste que tendremos una reunión a las cinco. Tú puedes aparecer a las seis, si quieres. Para entonces ya habremos decidido qué cantidad de oro enviaremos a Forrestville.
—Enterado, Leslie.
Jim, Roger y el nuevo amigo que habían conocido en Oro City fueron al hotel Majestad.
Efectivamente, su aspecto no era el que pregonaba su título. Se

trataba de una barraca de dos pisos. En la parte de abajo se había instalado un mostrador en el que se servían bebidas. Al fondo había una escalera que conducía a las habitaciones.

—Os invito a un trago —dijo el rubio.

Cuando tuvieron los vasos en la mano, Morris preguntó:

—Jim, ¿cómo sabes que no hice trampas?

—Yo conozco a un granuja a muchas millas de distancia. Tú eres un tipo vivo, pero no un sinvergüenza.

Bill sonrió y levantó su vaso, diciendo:

—A tu salud, Jim Parker.

CAPÍTULO VI

Jim Parker se dirigió al patio con una toalla y una pastilla de jabón. Iba a bañarse, después de haber dormido un par de horas.

Le habían dicho que allí había un gran tonel.

Lo descubrió enseguida. En la parte superior había una regadera que comunicaba con un depósito de agua. La regadera se movía por medio de una cuerda.

Jim empezó a silbar mientras se acercaba al tonel. De pronto, de allí dentro emergió una cabeza con el pelo muy corto.

—¡Eh, granuja!

—No te alteres, muchacho. Yo mismo te serviré el agua.

—¡Si da un paso más, le rompo la cabeza!

La persona que había dentro del tonel, sacó una maza.

—¿Qué infiernos te pasa, muchacho?

—No soy un muchacho, soy una muchacha.

—¿Me quieres embromar?

—¿Es que no lo nota en mi voz?

—Sí, tienes una voz fina. Pero hay muchachos de tu edad que hablan de esa forma. Tendré que hacer la comprobación de otra manera.

—¿De qué manera?

—Acercándome.

—Ya lo sabía, granuja. Usted se acerca y echa una mirada aquí dentro para saber si tengo formas de muchacho o de muchacha.

—Pues, sí, ésa era mi intención.

—¡Menudo caradura está usted hecho!

—Las apariencias engañan.

—Oh, sí, debo rectificar. Usted parece de lejos un caradura.

—Gracias.

—¡Pero de cerca lo es más!

—Oye, ¿por qué no empezamos otra vez por el principio…? Yo he venido aquí a bañarme.

—¿Usted bañarse…? Usted no sabe lo que es el agua… Aquí, en Oro City, la única que se baña soy yo.

—Pues ya somos dos los clientes del tonel.

—De eso nada, caradura.

—Oiga, señorita, ¿es que se va a pasar todo el día metida en el tonel?

—Gracioso, muy gracioso.

—No lo dije para que se riese. Es que quiero saber cuánto me va a llegar el turno.

—Lárguese y vuelva dentro de una hora.

—Está bien, ¿cómo debo llamarla?

—De ninguna forma, porque usted y yo no nos volveremos a ver.

—¿Es que se va a ir de Oro City?

—No, pero trabajo muy lejos de aquí. Sólo vengo una vez al mes. ¡Y deje de ponerse de puntillas!

—¿Qué dice?

—Que se está poniendo de puntillas para ver lo que pesca con el ojo.

—Señorita, me estoy poniendo de puntillas porque estoy solo con calcetines y se me están clavando los guijarros.

—Ésa es la excusa.

—No es ninguna excusa. Entérese de que no me interesa lo que hay más abajo de su cuello.

—Ahora hágase el santito.

—No me estoy haciendo el santito. Sólo estoy contestando a sus impertinencias.

—¿Yo impertinente?

—Sí, impertinente. ¿Quién se cree que es? ¿La Venus de Milo?

—¡No me compare con una *girl*!

—No la comparo con una *girl*.

—Yo soy una mujer decente y me está comparando con esa Venus.

—Oiga, la Venus de Milo fue una mujer imponente que vivió hace muchos siglos. Estaba colosal por arriba y por abajo. Bueno, salvo que le faltaban los dos brazos.

—Entendido, de bien que estaba la señora, alguien se los arrancó a mordiscos.

—Nadie ha podido saber eso.

—Ya me está liando. Usted es un fresco. Venga a hablarme de esa Venus, y ¿para qué? Para que yo me confíe.

—No quiero seguir hablando con usted, o acabaré por acercarme y atraparla por el cuello.

Ella agrandó los ojos.

—Ande, acérquese para atraparme y le pego en la cabeza con el mazo. Ande, atrévase…, atrévase.

—Me iré, señorita. Me iré o no responderé de mi.

Jim echó a andar. Pero de pronto ella pegó un grito.

Jim se volvió.

—¿Qué pasa ahora?

—Se me ha caído el jabón.

Efectivamente, la pastilla había ido a parar a los pies de Parker.

Jim atrapó el jabón y se acercó al tonel.

—¡Cierre los ojos, señor como se llame!

—Eso, cierro los ojos, y me pego un tortazo.

—Haremos una cosa. Yo me sumergiré y alargaré el brazo. ¡Y no diga que el agua estaba muy jabonosa! Se ha aclarado mientras estábamos discutiendo y ahora vería lo que no debe ver.

—Señorita, yo no tengo interés en ver nada, ¿lo entiende…? ¡Nada!

—¡Cierre los ojos, he dicho!

Jim dio un suspiro y cerró los ojos acercándose al tonel.

Ella alargó la mano y le arrebató la pastilla de jabón.

—Ya puede volverse, tipo vivo, pero no abra los ojos hasta que haya dado tres pasos.

Parker dio los tres pasos ordenados y después abrió los ojos.

—Señorita, estaré detrás de esa puerta, y por favor, no me llame para que la seque.

Los hermosos ojos de la joven brillaron iracundos.

—¿Yo llamarle para que me seque…? ¿Pero se ha creído que soy un bebé, desgraciado…? ¡Eso quisiera usted! Tenerme entre sus brazos. Pero no lo va a conseguir. No, no lo conseguirá con ninguna de sus sucias trampas.

Jim exhaló otra vez el aire de sus pulmones y se dirigió hacia la

puerta. Se puso detrás de ella y quedó a la espera.

Pasaron diez minutos y, como no oyera a la joven, gritó:

—Eh, señorita, no tengo todo el día para esperaría.

Ella gimió:

—Es que ha ocurrido una catástrofe.

—¿Qué pasó esta vez? ¿Estalló el tonel?

—¿Cómo va a estallar el tonel, desgraciado…? Habría estallado si yo fuese la señora Coleman, que pesa ciento veinte kilos. Pero yo sólo peso cincuenta y cinco.

—¿Qué fue entonces?

—Mi ropa interior.

—Se le olvidó. Quizá tiene un vestido demasiado claro y se le va a transparentar todo.

—¿Qué dice, animal? ¡No se me va a transparentar nada! Lo único que me pasa es que regué la ropa interior y está chorreando. Tendré que esperar a que se me seque.

—¡Oh, no, eso sí que no! ¡Yo no puedo estar tres horas esperando a que se seque su ropa interior…! ¡Allá voy!

—¡No entre! ¡Estoy como vine al mundo!

Jim ya había abierto y se detuvo de pronto.

—¡La toalla, señorita! ¡La señorita…! ¡Digo la toalla!

—¿Qué toalla?

—La toalla para que se cubra. Ya estoy en el patio.

Pero no era verdad. Estaba todavía detrás de la puerta. Oyó que ella corría y entonces se decidió a entrar en el patio.

Sorprendió a la joven cuando se enrollaba en la toalla, pero ésta no era suficiente y dejó gran parte de sus piernas al descubierto, y también quedó bastante escotada.

Jim vio que ella tenía una figura muy parecida a la Venus de Milo con diez años menos.

—¡Caramba!

—¿Qué le pasa? Y no me diga que se está clavando otra vez los guijarros.

—No, ahora no son los guijarros.

—¿Y qué es?

—Usted.

—¡No me mire las piernas! —La joven trató de cubrirse las piernas con la toalla, pero ésta le resbaló por los hombros.

—Está bien, la miraré por arriba —dijo Jim.

—¡No, por arriba tampoco!

—Entonces, ¿por dónde quiere que la mire, señorita?

—¡Por ningún lado! ¡Fresco, más que fresco!

—Que se cree usted eso. De fresco, nada. Estoy sudando.

—No sea malintencionado.

—Oiga, a usted no se le puede decir nada. Diga lo que diga, le sienta todo mal…

—¡Tírese al tonel!

—¿Y qué hará usted? No va a ir por la calle en la forma en que está. Se provocaría un tumulto entre los mineros y habría muertos y heridos.

—No decía que se tirase al tonel para que se tirase al tonel. ¡Dije que se tirase al tonel, como si hubiese dicho tírese al infierno!

—Conque no quiere moverse de aquí. Ha tomado posesión del patio y se cree que es la dueña de él.

—Ya puede estar seguro de que no me iré hasta que no se seque la ropa interior.

—Está bien, lo compartiremos.

—¿Qué cosa compartiremos?

—El patio.

Jim se puso a silbar mientras se desabrochaba los botones de la camisa.

—Eh, ¿qué va a hacer, tipo vivo?

—Hasta ahora no tengo la costumbre de bañarme vestido.

—¿Quiere decir… que se va a quitar la ropa?

—Toda.

—¿Toda?

—Toda.

—¡Ah, no, eso sí que no!

—Señorita, cierre los ojos y de tres pasos para apartarse del tonel.

Pero ella no cerró los ojos. Sólo los entornó convirtiéndose en rendijas que arrojaban fuego.

—Me quiere pagar con la misma moneda, granuja.

—Según dicen, las mujeres de hoy tienen los mismos derechos que los hombres. De modo que vamos a ser buenos hermanos y compartirlo todo, El patio y el tonel.

—¡A que le pego con el mazo!

—También compartiremos el mazo.

—He conocido a tipos caraduras en mi vida, pero usted tiene el rostro de granito.

—Señorita, le aconsejo que cierre los ojos. Terminé de desabrocharme la camisa y ahora van los pantalones.

Ella pegó un grito y le dio la espalda, pero no cesó de hablar:

—¡Eso se lo cuento yo a Charles Austin!

—¿Su novio?

—No, no es mi novio, pero pretende mi mano.

—Le compadezco.

—¿Qué ha dicho?

—Que compadezco a Charles Austin. Con ese genio que tiene usted, el pobre ya se ha ganado un lugar en el cielo. Y si se casa, usted lo manda al cementerio en seis meses… En fin, ya estoy listo. Quiero decir que no se mueva porque me voy derecho al tonel.

—¿Cómo está usted?

—Como usted dijo antes. Como vine al mundo.

No era verdad. Jim llevaba unos largos calzoncillos que pensaba quitarse cuando llegase al tonel, utilizando éste como biombo. Pero la joven no lo podía ver y se puso a chillar con los ojos cerrados.

—¡Bandido verdoso!

—Que yo sepa, no tengo el color verde. Dicen que mi piel es muy bronceada, gracias a los baños de sol que me pego.

—Yo le daría a usted un baño con plomo derretido.

—Me iba a tostar demasiado.

Ella dio la vuelta.

—Señor Parker, ¿dónde está? —preguntó con los ojos cerrados.

—Aquí, junto al tonel.

—He pensado otra cosa.

—¿El qué?

—Me llevaré mi ropa a la habitación del hotel para secarla.

—De acuerdo.

—Pero entérese. ¡Me ha robado el patio y el baño!

—Y el mazo —agregó Jim—. Porque lo tengo yo.

La joven caminó a ciegas hacia el lugar donde estaba su ropa interior, sobre una silla, que había puesto demasiado cerca del tonel y por eso se había mojado. Pero, cuando alargó la mano, no dio con

la ropa.

Jim se la entregó.

—Tenga.

Instintivamente, ella abrió los ojos y entonces vio que Jim se cubría con la larga camiseta-calzoncillos.

—¡Oh!

—¿La escandalizo?

—¡Me ha engañado! ¡Dijo que estaba como vino al mundo! ¡Me hizo cerrar los ojos y andar a ciegas!

—Es que hay personas que se alarman cuando ven a un hombre con esta vestimenta.

—¡No hablaré con usted una palabra más!

—Como usted quiera, señorita mal genio.

—¡No me vuelva a llamar mal genio, porque yo tengo el mejor genio del mundo!

—¿Ah, sí? Pues lo disimula muy bien.

—Es usted quien me ha puesto nerviosa con esa forma de mirarme.

—¿Y cómo la miro?

—De abajo arriba, de arriba abajo, y venga viajes.

—Lo siento, pero es inevitable.

—¿Por qué es inevitable?

—Porque está muy bien moldeada.

—Le prohíbo que me requiebre. ¡Se lo prohíbo terminantemente!

—Oh, claro, o se lo dirá a Charles Austin.

—Se lo diré de todas formas. Ya puede estar preparado. Charles Austin mide dos metros y con una sola mano dobla una cerradura.

Jim se tocó el cuello.

—Caramba, si me coge por su cuenta, pobre de mí. ¿No va a tener piedad, señorita?

—Usted me la jugó y usted se la ha ganado.

La joven se apoderó de su ropa interior mojada y, con mucha dignidad, empezó a alejarse del patio.

—Señorita —dijo Jim.

—¿Qué?

—Súbase un poco la toalla por detrás porque está enseñando demasiado.

A ella se le atropellaron las palabras en la boca.

—¡Bandido! ¡Ya verá lo que hace con usted Charles Austin!

—Me pondrá el cuello como una herradura.

—Ya puede estar seguro de eso —contestó la joven y abandonó el patio.

Jim sonrió mientras se despojaba de la camiseta para darse el baño.

CAPÍTULO VII

Jim Parker estaba al lado de Roger Simmons y Bill Morris en el mostrador del hotel. Bebían *whisky*.

La puerta de la calle se abrió dando paso a la joven que había conocido en el tonel. Ahora, vestida, seguía siendo una muchacha preciosa que no tendría más de veinte años.

Pero a su lado había un gigantón que no debía pasar de los treinta, y al que le hacía falta un buen afeitado y un corte de pelo.

—¿Dónde está el caradura, Julie?

La joven señaló hacia el mostrador.

—Allí lo tienes, Charles.

—¿Cuál de los tres?

—El más limpito.

—Pues yo lo voy a ensuciar un poco.

Roger Simmons pegó con el codo a Jim Parker.

—Eh, Jim, ese «comehombres» parece que se refiere a ti.

—Acertaste, muchacho.

—¿Y por qué te quiere ensuciar?

—Por un incidente que surgió entre la chica y yo por cuestión del baño.

—Caramba, pues es un bombón.

—Pero es muy agrio.

La joven oyó aquello y gritó:

—¿Lo oyes, Charles? ¡Ya ha vuelto a empezar! ¡Me ha llamado bombón agrio!

Charles Austin se escupió en las manos.

—Yo le daré un par de pasadas y quedará peor que un limón después de exprimido.

—Eso, Charles, exprímelo hasta que saque la lengua.

Charles se dirigió hacia el mostrador.

—Eh, usted, guapín.

—¿Es a mí? —dijo Jim.

—Sí, a usted porque usted es el que trató de abusar de ella.

—¿Yo?

—Me estoy refiriendo a Julie. La sorprendió en el baño y quiso ver más de la cuenta.

—Está mal informado, Charles. Fue ella que me quiso ver a mí.

Julie saltó:

—¡Mentira…! ¡No le creas, Charles…! ¡Fue él quien se quiso pegar la ración!

—Pues ahora va a recibir una ración de otra cosa —sonrió Charles.

—¿De qué? —preguntó Jim.

—De jarabe de palo.

—Oiga, Charles, sería mejor que usted y yo nos diésemos la mano y terminásemos este asunto. Al fin y al cabo, usted va a ser el padre de los hijos de Julie y debe conservarse entero.

—Conque el guapín cree que me puede mondar.

—Hombre, yo lo digo porque no soy manco.

—Para mí como si lo fueses, porque no te van a servir las manitas.

—Eso es demasiado suponer.

—Ya hablamos bastante —dijo Charles y se lanzó hacia delante como una res enloquecida.

Tiró el puño derecho contra Jim y éste dio un salto.

El aullido de un lobo rasgó la atmósfera. Pero no era un lobo quien aullaba, sino Charles Austin. Y tenía sus motivos. Había estrellado el puño contra el mostrador y saltaba a la pata coja chupándose los nudillos.

—¡Julie!

—¿Qué te pasa, Charles?

—¡Julie, pupa!

—¡Duro con él, Charles…! ¡Duro con él!

Jim había ido a parar al lado de una columna y Charles fue hacia él y le tiró el puño izquierdo.

Otra vez Jim se apartó a tiempo y el puño de Charles, como era lógico, se estrelló contra la columna.

El hotel Majestad pareció venirse abajo, o, al menos, ése fue el efecto que produjo.

Un viejo que estaba al lado de una ventana se arrojó de cabeza a la calle gritando:

—¡Un terremoto…! ¡Sálvese quien pueda!

Y mientras tanto, Charles Austin aullaba chupándose los nudillos del otro puño.

—¡Julie!

—No lo repitas. ¡Más pupa!

—¡Sí, Julie! Creo que me tendrán que escayolar las dos manos.

—Te quedan los dos pies. Pégale con ellos.

—Julie, que este tipo se aparta y me deja cojo.

La joven cerró los puños contra los muslos.

—¡Es usted un indeseable!

—Ah, de modo que soy un indeseable porque no me dejo pegar por su buen mozo.

—Es un cobardón por rehuir la pelea.

—Yo no he rehuido ninguna pelea.

—Escapó cuando Charles le tiró los puños.

—No, Julie. Simplemente le he sorteado.

—Eso —gimió Charles—. Hizo un sorteo y me tocaron los dos premios. ¡Julie, mira qué manos…!

—¡Dios mío, parecen dos calabazas!

—¡Son dos calabazas!

—Yo te las cuidaré, pero, en cuanto te cure, volverás a verte las caras con este granuja.

Cogió al grandullón del brazo y éste, sollozando, se marchó con ella.

Roger Simmons y Bill Morris estaban riendo.

—Eh, Jim —dijo Bill Morris—, ese bombón será todo lo agrio que tú quieras. Pero que me sirvan una caja a mí con media docena como ése, y ya me estoy poniendo la servilleta.

Parker consultó su reloj.

—Es la hora, muchachos. Vamos a la reunión.

Leslie Allen le había enviado un mensajero para anunciarle que deberían acudir al *saloon* El Revólver de Oro.

El local estaba atestado de gente y, en cuanto los tres amigos entraron, comprendieron que se discutía el asunto del transporte del

oro.

Dos hombres llevaban la voz cantante: Leslie Allen y un tipo fornido, de mejillas hundidas.

Leslie Allen decía:

—Jim Parker es el hombre adecuado para hacer el transporte. Repito que lo he visto manejar el revólver y es sensacional. ¿Por qué te opones, Alex?

Alex Burton, que era el de las mejillas hundidas, gritó con voz ronca:

—Sé quién es Jim Parker. También le llaman Caballero Jim. Pero sólo se trata de eso. De un pistolero muy fino.

Además de *girls,* en la reunión había mujeres que se dedicaban a buscar oro por su cuenta.

Leslie Allen descubrió a Jim y dijo:

—Aquí tienen a Jim Parker.

Una mujer se quedó asombrada al ver al hombre que Leslie señalaba. Era Julie.

La hermosa joven no estaba acompañada por Charles Austin. Indudablemente lo habría dejado en algún sitio después de curar sus manos.

Alex Burton gritó:

—¡A mí no me da miedo ningún pistolero! ¡Y sigo diciendo que no es la persona a quien debemos confiar cincuenta mil dólares en oro!

Julie echó a andar rápidamente y se detuvo ante el hombre con el que había discutido en el patio del hotel Majestad y más tarde en la sala.

—Conque usted es Jim Parker.

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijo?

—¿Habrían cambiado las cosas?

—Claro que habrían cambiado, porque le habría pegado con el mazo. Y decía que no quería aprovecharse. Usted es un pistolero.

—Sí, pero ya oyó a ese fulano. Un pistolero muy fino.

—¿Cree usted que la finura la da el baño?

—No, también la da el jabón.

—No haga chistecitos, señor Parker. Usted es un vivales, como ya le dije antes. Quiere que le entreguemos el oro, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué pasaría después? Que usted se largaría y nos dejaría con un palmo de narices.

—No, usted no tiene un palmo de narices, Julie. La verdad es que tiene una naricilla bastante mona.

—¿Como la Venus del Nilo?

—No es del Nilo. Es de Milo.

—Del Nilo o del Milo, es un camelo.

—Hasta es graciosilla.

—¡Le dije que no me requebrase!

—Hombre, pensé que ahora que se había quedado sin su grandote, podría requebrarla un poquito. Recuerde que somos viejos conocidos y que tenemos algo en común.

—¿Qué cosa?

—Un tonel.

La joven apretó los dientes:

—¡No diga eso que me lo como!

—Puede comerme como quiera. Estoy muy limpito.

Leslie Allen interrumpió aquel altercado. Se había subido a una mesa y gritaba:

—Muchos de vosotros estáis pasando hambre. Tenéis oro, pero no tenéis provisiones. ¿Por qué? Porque desde hace mucho tiempo no hemos podido depositar el oro en el Banco de la señora Ulmer. Si lo tuviésemos allí, los almacenes nos darían crédito… Cualquiera de nosotros podría ir a la ciudad y cargar todo lo que necesitase. En un mes caerán las primeras nieves y nuestras cabañas no están acondicionadas para soportar los rigores del invierno… ¡Nos faltan mantas, sábanas, ropas y alimentos adecuados…! Insisto en que este envío de oro, antes de que caiga la primera nevada, es fundamental para nosotros. Luego será mucho más difícil el viaje a Forrestville, porque los caminos quedarán cortados. Estoy tratando de meteros en la cabeza que debemos abastecernos cuanto antes, o correremos un grave peligro en estas montañas. Sólo tenéis que recordar el invierno pasado. Me refiero a los que estábamos aquí. Fue un invierno bastante riguroso, pero logramos abastecernos antes de las primeras nevadas. Este año no ha ocurrido así. Los asaltos a los que transportaban el oro lo han impedido. Pero todavía estamos a tiempo. Si Jim Parker logra depositar nuestro oro en Forrestville,

habremos salvado la difícil situación que se nos presenta.

Alex Burton saltó también a una mesa.

—Ya veo que Leslie Allen os está convenciendo —exclamó—. Pero yo digo lo que pienso y os aseguro que este hombre, Jim Parker, no me merece la menor confianza. Habréis oído cosas acerca del Caballero Jim. Es un pistolero. Un hombre que ha matado a una docena de sus semejantes. ¿Vamos a confiar vuestra plata a un tipo de esa clase?

Las palabras de Alex Burton hicieron mella en los mineros, quienes empezaron a mover la cabeza en sentido negativo y a emitir opiniones desfavorables para Jim Parker.

Roger Simmons habló en voz baja a Jim:

—Me parece que hicimos el viaje en balde.

Jim levantó una mano.

—Quisiera hablar yo también.

Alex Burton gritó:

—¡No, usted no puede hablar!

—¿Por qué no?

—Éste es un asunto que debemos tratar entre nosotros y usted no es minero.

—Leslie Allen me contrató para transportar el oro y usted me está insultando. Podría ajustarle las cuentas, pero prefiero hablar.

Leslie dijo:

—Tiene derecho a que le escuchemos.

La mayoría estuvo de acuerdo en que Jim Parker podía hablar. Pero Jim no trepó a ninguna mesa. Cuando se hizo un relativo silencio, dijo:

—Antes de nada, quiero aclarar que Alex Burton tiene razón en un punto. Soy un pistolero. Y también es verdad que he matado a algunos de mis semejantes. Burton ha hablado de una docena. Pero yo les diré el número exacto: dieciséis.

Se produjeron murmullos.

—Sí, señores. He matado a dieciséis, pero les aseguro que todos ellos eran de la peor gentuza y, a pesar de todo, les di una oportunidad para rehabilitarse. No soy un asesino. Jamás he matado a un hombre por la espalda… Ustedes tienen un problema. Yo, en un principio no quise escuchar a Leslie, pero luego me interesó y pensé que le podía ayudar, y todavía lo sigo pensando.

Me comprometo a transportar el oro que ustedes me den.

—¿Y adónde lo va a llevar? —rió con sarcasmo Burton.

—A Forrestville.

—¿A Forrestville o a México? ¿O quizá ha pensado en California, señor Parker? Dicen que allí hay un clima muy bueno.

—Me está cansando, Burton. No soy la clase de tipo que usted cree.

—¿Y quién irá con usted?

—Roger Simmons, el muchacho que me acompaña.

—Ni siquiera tiene revólver.

—Es valiente y sabe algunas cosas. Roger, ¿quieres hacer una demostración?

Burton tenía un cigarrillo en la boca.

Roger sacó el cuchillo y lo arrojó.

Todos pudieron ver cómo el cuchillo le arrebataba a Burton el cigarrillo de la boca y lo clavaba en la columna que había al lado de su cara, a un palmo.

Fue un número de habilidad. Todos quedaron admirados.

—¿Convencido, señor Burton? —sonrió Jim Parker.

Alex Burton estaba pálido.

—¡Maldita sea, pudo atravesarme la cara!

—Pero no se la atravesó porque Roger sabe colocar su cuchillo.

—¡Dos hombres no son bastante para transportar el oro!

Bill Morris levantó la mano.

—No son dos. Son tres.

—¿Usted, Bill?

—Sí.

—Sólo le he visto jugar a los naipes.

—También sirvo para otras cosas. —Bill hizo un movimiento rapidísimo con la mano derecha y por la manga se le escurrió un «Derringer», que fue al encuentro de sus dedos, e hizo un disparo. El cigarrillo que estaba clavado en la pared se partió por la mitad al ser alcanzado por la bala.

En la sala hubo una exclamación de asombro por aquella nueva exhibición.

Leslie levantó los brazos y dijo sonriendo:

—Bueno, amigos, si estos tres hombres unen sus fuerzas, yo estoy dispuesto no sólo a entregarles mi oro, sino mis botas, para

que las lleven a Forrestville.

Los mineros aplaudieron. Muchos se acercaron a Jim Parker y a sus dos amigos y les palmearon la espalda o les estrecharon la mano.

Sólo algunos mineros, el más reducido grupo, seguía al lado de Burton, o sea, que no estaban dispuestos a entregar su oro a Parker.

Jim se acercó a Julie.

—¿De qué parte está, Julie?

—No piense que le voy a entregar mi oro a usted.

—Como usted quiera. Nadie la obliga.

—Yo llevaré mi oro a Forrestville.

—¿Usted? ¿Con quién?

—Iré yo sola.

—Oh, no, Julie. No puede hacer eso. Ha habido varios robos y el camino es peligroso.

—Estoy al corriente de los asaltos y también conozco el camino. Llevo más de seis meses aquí. Preocúpese de su viaje, señor Parker, y yo me preocuparé del mío.

—Está bien, Julie. Le daré una oportunidad.

—¿Cuál?

—Viaje con nosotros.

—¿Con ustedes?

—Sí.

—Ni hablar. No lo haré.

—¿Por qué no?

—Porque si han decidido largarse con el oro de mis compañeros, también me lo robarían a mí. Sería demasiado fácil si yo formase parte de su pandilla.

—No espere que siga hablando con usted para convencerla. Le dije que tenía mal genio, pero me faltó agregar algo. ¡Es usted más testaruda que una mula!

La joven dio media vuelta bruscamente y abandonó el local.

Roger Simmons, que había escuchado el diálogo entre Jim y Julie, dijo:

—Caramba, te quedaste corto. Es un bombón agrio… y picante.

CAPÍTULO VIII

—¿Cuánto oro tenemos? —preguntó Bill Morris.

—Bill —le contestó Jim—, no hables del oro como si fuese tuyo.

—Me conformo con el tercio de beneficios que me darás.

Leslie Allen carraspeó.

—Es el transporte de oro más grande que hemos hecho a Forrestville. Demonios, no sabía que mis palabras fuesen a surtir tanto efecto. Yo he contado aquí cien mil dólares en oro.

Roger Simmons encanutó los labios y silbó:

—¡Cien mil dólares, Jim…! ¡Somos ricos…! ¡Somos ricos!

—Muchacho, frena tus impulsos o creerán que vamos a pegar el golpe.

Leslie Allen se echó a reír, y luego puso una mano en el hombro de Jim Parker.

—Sé que vas a hacer todo lo posible para que no vuelva a ocurrir, entre otras cosas porque, si perdemos este oro, la mayoría de los mineros que hay aquí se tendrán que marchar antes de que caiga la primera nevada… No podrían resistir un invierno en la miseria… Y muchos de los que se quedasen morirían hasta de frío. Sería muy doloroso. Gente que ahora es rica por el oro que han logrado sacar de la tierra, morirían como pobres desgraciados.

—¿Qué esperas con eso, Leslie? ¿Que llore?

Leslie rió otra vez.

—Los que lloraríamos seríamos nosotros.

—Escucha, Leslie. Me comprometí a este trabajo un poco a la fuerza. Yo no lo quería. Si di mi consentimiento para transportar el metal desde Oro City hasta Forrestville fue porque estaba dispuesto a jugarme la piel.

—Lo que nosotros queremos es que consigas depositar el oro en

el Banco de la señora Ulmer y vuelvas con toda tu piel. Y la de tus compañeros, naturalmente.

Jim observó lo que estaban haciendo sus amigos. Metían los pequeños sacos de oro en bolsas de cuero. Llevarían tres mulas y ellos montarían sus caballos.

Se encontraban en un reservado del *saloon*, pero desde allí se oía el gentío que esperaba en la calle.

Los mineros habían entrado uno a uno para entregar su bolsa de oro a Leslie, el cual lo pesaba, y luego incluía el nombre del propietario en la lista, junto con su traducción en dólares.

La operación había terminado y Leslie ya había hecho la suma.

Jim Parker examinó el papel. Efectivamente la cantidad se acercaba a los cien mil dólares, noventa y nueve mil cuatrocientos ochenta y cinco dólares.

—¿Listos, muchachos?

En aquel momento se abrió la puerta del reservado.

Parker ya estaba apuntando con el revólver al hombre que había entrado sin llamar.

Era un viejo, el cual pegó un brinco y gritó:

—¡No dispare, amigo! ¡No soy un ladrón!

Leslie sonrió.

—Es Alan Fonda, un minero.

El viejo Fonda sacó una bolsa de oro de la chaqueta.

—Perdone que haya tardado tanto, pero cogí una borrachera anoche y no sabía dónde había guardado el oro. Tuve que pegarme varias bofetadas en la cara y decirme: «Idiota de Alan Fonda, ¿dónde metiste tu oro?». Y al fin el pedazo de idiota de Alan Fonda se acordó. ¿Sabe dónde lo tenía escondido? En el retrete. Sí, señor, en el retrete. Y era la mar de fácil porque es la única cabaña en estas montañas que tiene retrete, con perdón.

Parker dijo:

—Coge el oro del señor Ponda, Simmons.

Roger alargó la mano y cogió con dos dedos la bolsa de oro, como si fuese una mofeta, y lo puso en el platillo de la balanza para que Leslie lo pesase.

—Caramba, señor Ponda —sonrió Leslie—, no sabía que hubiese conseguido tanto metal.

—¿Cuánto hay?

—Cuatro mil quinientos dólares.

—Ya tengo para la cafetera.

—Una cafetera no vale tanto. Alan, Las hay hasta por cinco dólares.

—No es una cafetera corriente.

—¿Ah, no?

—Yo llamo cafetera a la señora Madison, una viuda que me está esperando en Rostro Gordo. La pretendo desde hace treinta años, y ella ya se me ha casado dos veces. Cada vez que ha enviudado, allí estaba yo para llevármela al altar, y ella venga decirme: «Alan, quiero un tipo con pasta». Sí, señores, siempre que se ha casado lo ha hecho con tipos de pasta. Hasta que un día me cansé y me dije: «Idiota de Alan Fonda, ¿por qué no buscas tú pasta?». Y aquí tienen ustedes a este pedazo de idiota que ya consiguió la pasta. Así que, la cafetera cae —puso la mano como si efectivamente fuese a caerle allí la cafetera.

—Asunto concluido, Alan —dijo Leslie.

Alan hizo una reverencia.

—Caballeros, he perdido dos oportunidades para casarme con la viuda Madison porque los dos asaltos me pillaron con la pasta enviada. Por favor, no me fallen o para la próxima vez que consiga oro, ya seré demasiado viejo. Que tengan suerte y que el cielo los bendiga.

El viejo salió del reservado.

—Leslie —dijo Parker—, ¿cuántos años tiene Alan Fonda?

—Organizó una fiesta por todo lo alto cuando cumplió los setenta.

—Lo que puede el amor.

—Sí, Parker, el amor lo puede todo, incluso que se case una cafetera.

—En marcha —dijo Jim.

Salieron del reservado con las bolsas.

La multitud que había en la calle comenzó a rugir.

La mayoría eran mineros modestos, ya que habían hecho aportaciones de hasta quinientos dólares, pero era más de lo que habían tenido en toda su vida, ya que venían de lugares donde habían trabajado por un dólar diario y aún por menos.

Roger y Bill colocaron las bolsas en las mulas y la gente no

cesaba de vitorearlos y de aplaudir.

Leslie estrechó la mano de los tres hombres que iban a custodiar aquel oro hasta dejarlo en el Banco de la señora Ulmer.

—Buena suerte, muchachos.

—A la silla —ordenó Jim Parker.

Primero montaron sus compañeros y por último lo hizo Parker. Ya había establecido con ellos la forma en que harían el viaje. Jim marcharía a la vanguardia, a continuación las tres mulas, y al final cabalgarían Roger y Bill.

Cuando el convoy se puso en marcha, los mineros los despidieron con gritos y algunos de ellos corrieron detrás.

El viejo Fonda palmeó una de las mulas como si supiese que allí estaba su oro.

—Mulita, no me falles, que quiero la cafetera.

Salieron del poblado y los últimos mineros que los habían acompañado hasta allí se detuvieron y agitaron el brazo al aire, dándoles las últimas voces de aliento.

Los tres amigos ya estaban solos y, en unos minutos, perdieron de vista Oro City.

Estaban descendiendo en solitario la montaña porque, más abajo de Oro City, no se había descubierto ni la más insignificante pepita de oro, aunque se veían agujeros por todas partes, ya que algunos habían trabajado hasta allí en busca del codiciado metal.

Nubes grises avanzaban raudas hacia el oeste y soplaba un aire muy frío, preludio de aquel crudo invierne que Leslie Allen había vaticinado.

Bill Morris se puso a cantar:

> «Tengo oro, muchachas, venid a mis brazos, que aquí está el hombre que a todas os contentará porque oro os puede dar».

Roger Simmons hizo una mueca.

—Ojalá puedas cantar eso en el *saloon* Perla Blanca, de Forrestville.

Bill le dio una palmada.

—Muchacho, el viaje va a ser estupendo. Nadie nos saldrá al

paso.

—Espero que tu bola de cristal no esté empañada.

Al cabo de dos horas se enfrentaron con el primer paso difícil. El camino serpeaba por un abismo.

Jim detuvo su caballo.

—Socios, este lugar es peligroso. Con sólo un par de hombres, nos podrían meter mano.

—¿Dónde están el par de hombres? —preguntó Bill.

—No he dicho que estén, pero podrían estar.

—¿Y dónde estarían?

—En la roca que hay cien metros más arriba del paso. Desde allí nos podrían balear con facilidad y mandamos al abismo.

—¿Por qué eres tan pesimista?

—Porque quiero que estéis con los ojos bien abiertos. Tú, Bill, prepara tu «Derringer» y tú, Roger, el cuchillo.

Jim sacó el revólver para dar ejemplo.

—Adelante.

Sin embargo, pasaron el angosto camino que estaba colgado sobre el abismo y no ocurrió nada.

—No había nadie, Jim —comentó Roger.

—Ha sido mejor para nosotros.

—Pero yo estoy sudando con el frío que hace.

Parker rió:

—Ahora te refrescarás.

Continuaron el viaje y Bill se puso otra vez a cantar:

> «Tres hombres locos
> el oro quisieron llevar,
> pero todo terminó bien, muchachas,
> y el oro les dio felicidad».

Debían invertir tres días en llegar a Forrestville.

La primera comida la hicieron en el mismo caballo pasándose el pan y el tocino.

Al llegar la noche, Jim consultó el mapa que llevaba. Leslie le había sugerido los lugares para acampar, pero Jim renunció a ellos y, cuando Leslie preguntó por qué, Jim le dijo: «Si tú has marcado

los puntos para la acampada es porque conoces el terreno. Por tanto, hay otros que también lo conocen. De modo que yo señalaré cada acampada y así no la conocerá nadie».

Por ello Jim decidió acampar entre la maleza, al lado de un arroyo cuyas aguas bajaban de la montaña.

Comieron y bebieron café caliente.

—Tengo las manos entumecidas de frío —dijo Bill.

—Acércalas al fuego —contestó Parker y, tras una pausa, agregó —: Dos de nosotros estarán despiertos y el otro dormirá. La primera guardia la haremos Roger y yo. Tú, Bill, a dormir.

Bill Morris se cobijó entre las mantas, junto al fuego, mientras Roger y Jim fumaban cigarrillos.

Bill ya se había dormido y a Roger se le estaban cerrando los ojos.

De pronto, Parker oyó un ruido a sus espaldas y se volvió como una centella, con el revólver en la diestra.

CAPÍTULO IX

—¡Maldita sea, deje de apuntarme con ese revólver!

La persona a quien Jim Parker apuntaba era Julie Walker.

—Muchacha, ¿es que se ha vuelto loca? Ha faltado una pulgada para que apretase el gatillo. ¿Por qué infiernos no dijo que era usted?

—Yo le contestaré, sabihondo. Porque no sabía quiénes eran. Pensé que serían los salteadores.

—¿Cuándo salió de Oro City?

—Una hora antes que ustedes.

—¿Y ya la hemos alcanzado?

—Me perdí.

—¿Cómo que se perdió? ¿Es que no sabe el camino?

—Claro que lo sé. Pero pensé que, si seguía el camino de siempre, me podrían atrapar los salteadores. Tracé un círculo y lo único que conseguí fue dar vueltas hasta que vi esta fogata y me la jugué a que fuesen ustedes. Estoy muerta de frío. ¿Puedo acercarme?

—Sí.

Julie daba diente con diente. Traía tras de ella una mula con una gran bolsa.

La joven ató las bridas a un arbusto y se acercó a la fogata.

—Bien venida, señorita —dijo Roger Simmons.

—Gracias, muchacho. Tú eres más educado que tu jefe.

Roger señaló a Bill, que continuaba durmiendo:

—Eh, Jim, menuda ayuda tenemos con el jugador.

Si en lugar de la señorita, son los salteadores, le meten un balazo y ni se entera.

Bill abrió un ojo:

—Estoy despierto desde hace un rato, Roger. Pero quiero saber si tengo suerte y la chica se viene a dormir a mi lado.

Julie se quedó asombrada.

—Otro listillo. Dios los cría y ellos se juntan… ¿Puedo beber un trago de calé?

—Beba todo el que quiera —le contestó Jim.

Julie bebió dos vasos de café y empezó a entrar en calor.

—¿Has visto a alguien, Julie? —preguntó Jim.

—Sí.

—¿A quiénes?

—A dos tipos.

—¿Por dónde?

—Tres millas más adelante.

—¿Por qué estaban allí?

—Se han cansado de buscar oro y han decidido explotar la riqueza forestal de la comarca, ya sabe, los árboles. Dicen que con la madera ganarán mucho más dinero que con el oro.

—Entonces, tendrán una casa.

—La están levantando ahora porque sólo tenían una choza.

—¿Son gente de confianza?

—Yo no les confiaría ni una de mis pestañas.

—¿La vieron ellos?

—Claro que me vieron y uno dijo: «Linda, ven. Aquí tenemos unas mantas para ti». Pero no me hizo ninguna gracia la forma en que me lo dijo, de modo que me apartó de ellos enseguida.

—Está bien. Duerma. Saldremos en cuanto aclare.

—¿Insiste en que vaya con ustedes?

—¿No cree que sería lo mejor, Julie?

—Lo pensaré.

Julie cogió sus mantas de la mula y se preparó el lugar para dormir, al otro lado de la fogata donde se encontraba Bill Morris. Dio un bostezo y no tardó en dormirse.

Al cabo de quince minutos, Jim oyó otra vez que alguien se acercaba. Le hizo una señal a Roger para que se estuviese quieto porque ya tenía, como siempre, el revólver en la mano.

Jim se deslizó como él sabía hacerlo por entre los arbustos y sorprendió a dos tipos agachados, mirando hacia la fogata donde dormían Bill Morris y Julie Walker.

—Muchachos, no se vuelvan. Si tienen un arma en la mano tiraré a matar.

Los dos se quedaron inmóviles.

—No tenemos armas en la mano —dijo uno de ellos.

Entonces vuélvanse hacia mí, pero háganlo sin prisa.

Los dos hombres se volvieron.

Efectivamente, no tenían ningún arma en la mano, pero la llevaban en el cinturón.

Uno de ellos forzó una sonrisa.

—Éste es Dick Tabor y yo soy Sean Marvin. Somos leñadores. Hemos instalado nuestro aserradero más abajo del río… Nos quedamos sin provisiones y, al ver la fogata, nos acercamos por si tenían algo de tocino.

—Ustedes querían algo más que tocino. Querían una muñeca.

—¿Una muñeca?

—Vamos, muchacho. A mí no me la pegan. Están ahí abajo y apuesto a que tienen provisiones para todo el invierno. Pero vieron a la chica y se dijeron que ella les podía servir de postre.

Dick Tabor y Sean Marvin se quedaron asombrados y luego sacudieron la cabeza.

—Oh, no —contestó Marvin—, no pensamos tal cosa.

—Muchachos, vuelvan a su choza y, si los vuelvo a ver, les hago la raya en el pelo para sacarle los malos pensamientos. ¿Me hago entender?

—Sí, desde luego.

—Pues arreando.

Los dos hombres desaparecieron con mucha prisa de aquel lugar.

Cuando volvió a la fogata, Roger estaba riendo:

—Te oí, Jim. Les diste una buena lección.

—Espero que les sirva.

Jim Parker fue el último en dormir, pero, cuando estaba a punto de clarear, ya estaba despierto.

Vio a Roger y a Bill junto a la fogata, pero no a la joven.

—¿Dónde está ella?

—Se fue a lavar —contestó Roger—. No lo comprendo. El agua está helada.

—Yo también voy a lavarme.

—Vas a pillar una pulmonía como ella.

Jim cogió una toalla y se dirigió al río.

De pronto oyó un grito:

—¿Otra vez usted, señor Parker?

La joven estaba en enaguas, pero se había escotado mucho para lavarse.

—Eh, Julie, ahora no está en un tonel.

—Por fortuna para mí.

—El río es grande y podemos lavarnos los dos.

Ella no dijo nada y Jim se arrodilló junto al río y se lavó la cara.

De repente oyeron una voz.

—Aquí están los dos pajarines.

Jim volvió la cara chorreando agua y vio a Dick Tabor y a Sean Marvin. Ahora ambos tenían el revólver en la mano.

—Sin gritar, muchachos —dijo Marvin—. Al primero que alce la voz para avisar a vuestros compañeros lo mando al infierno.

Jim chasqueó la lengua.

—¿Buscando arbolitos para el aserradero?

—No, ahora estamos buscando una plantita muy mona para nuestro jardín.

Julie comprendió, pero, sin embargo, dijo:

—He visto rosas por aquí. Están más arriba, como a dos millas siguiendo la orilla del río.

Dick Tabor soltó la carcajada.

—No, pequeña. La rosa ya la encontramos.

Jim Parker sintió que se le revolvían las tripas.

—Oigan, muchachos, haremos un trato. Les daré un par de monedas para que vayan en busca de una rosa a Forrestville.

—No vamos a Forrestville desde hace más de un mes.

—Pues ya es hora de que se dejen caer por allí. Al *saloon* Perla Blanca han llegado varias muchachas, y a ellas les alegrará ver el color de su dinero.

—Oiga, bocazas, usted se calla —señaló a Julie—. Ella se viene con nosotros.

—¿Por qué?

—Porque necesitamos una cocinera.

Julie gritó:

—¡No soy una cocinera! ¡Soy una buscadora de oro!

—Ahora vas a cambiar de profesión.

—No me da la gana cambiar.

Jim Parker esbozó una sonrisa.

—Ya lo han oído, muchachos. Ella quiere seguir siendo lo que es. Más suerte para otra ocasión.

—Pajarín, dije que te callases —sonrió Marvin—. Ella se viene con nosotros y, en cuanto a ti, te vamos a dejar cojo, y si se acercan tus compañeros, también habrá balas para ellos.

—Están decididos a todo, ¿eh?

—Nunca vimos una chica tan estupenda, y ahora que la descubrimos no la queremos perder.

—Olvídenla.

—No, chico, no se puede olvidar a una mujer como ésa.

Jim miró a Julie. La joven, con el susto, no se había preocupado de su escote. Pensó que Dick Tabor y Sean Marvin estaban mirando aquel panorama y no se equivocó.

Tiró del revólver y dio una vuelta en el suelo.

Tabor y Marvin dispararon, pero las balas no tocaron a Parker, el cual disparó a su vez, de bruces en el suelo.

Tabor chilló porque una bala le atravesó la mano.

Marvin pegó otro aullido porque el plomo que le mandó Parker le abrasó el brazo.

Los dos perdieron el arma.

Jim se levantó apuntando a los dos leñadores con la pistola.

Roger y Bill llegaron corriendo, el uno con el cuchillo y el otro con el «Derringer», listos para usarlos.

—¿Qué pasó, Jim? —rezongó Bill.

—Estos muchachos son vegetarianos y querían hacerse carnívoros.

—Me estoy desangrando —dijo Dick Tabor.

—Y yo también —gimió Sean Marvin.

—Óiganme, imbéciles. He podido matarlos, pero sólo son dos retrasados mentales. Vuelvan a su choza y alíviense.

Los dos leñadores se marcharon lloriqueando.

Jim se acercó a la joven:

—Julie, está visto que cada vez que se lava me tiene que buscar una complicación… ¡Tiene cinco minutos para completar su aseo! ¡Nos vamos inmediatamente! Y vosotros, quedaros con ella por si aparecen más animales carnívoros.

CAPÍTULO X

Otra vez estaban en camino, pero ahora la expedición había aumentado, puesto que con ellos viajaba la hermosa Julie.

Ella cabalgaba detrás, pero, en un momento determinado, Jim le gritó:

—¡Julie, venga acá!

La joven hizo correr la mula para ponerse a la altura de Jim.

—¿Qué quiere, Parker?

Jim tiró de las bridas y detuvo su montura.

El resto de la expedición también se paró.

—Julie, todavía está a tiempo de volverse y no me pregunte adónde. Ya sabe que me refiero a que regrese a Oro City. Nosotros nos encargaremos de llevar su tesoro a Forrestville.

—Ni hablar.

—De modo que sigue desconfiando de nosotros.

—Señor Parker, usted me salvó de los dos lobos del río y yo se lo agradezco.

—¿De qué forma?

—Con el pensamiento. No espere otra cosa.

—Pero quiere llevar su oro a Forrestville porque piensa todavía que podemos robarlo.

—Oiga, me costó mucho trabajo sacar este oro de la tierra, y yo misma lo llevaré al Banco de la señora Ulmer o dejaré de llamarme Julie Walker.

—Ya le dije que es más testaruda que el animal que monta.

—¿Quiere que le arañe la cara?

—No lo intente porque se puede caer. Vuelva con los muchachos.

—¿Y por qué no he de ir con usted?

—Porque me distraería, y necesito tener mis ojos bien abiertos para ver lo que ocurre delante de mí.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Se refiere a que me miraría a mí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por cambiar de paisaje.

Julie se miró el seno y se puso colorada.

—¡Por todos los diablos del infierno…! ¡Es usted una…, un…!

—Cuando sepa la palabra, me la grita desde atrás.

La joven movió la mula y regresó junto a Bill y a Roger.

Era la segunda noche.

Hasta entonces no había ocurrido nada.

Se encontraron con tres mineros que venían de Forrestville y se dirigían a Oro City, pero ellos no habían visto a ningún forastero por el camino.

Bill Morris estaba tocando una flauta y Roger daba palmadas. Ninguno de ellos tenía sueño.

Jim Parker bebía su café sentado en una piedra.

—¿Quiere más? —le preguntó Julie.

—Sí.

Julie le sirvió otra ración con la cafetera y la dejó junto al suelo. Luego regresó al lado de Jim.

—Con que fue la señora Ulmer la que lo hizo cambiar de idea.

—¿Qué dice?

—Leslie me lo contó todo. Usted no quería aceptar el transporte del oro hasta Forrestville, pero la señora Ulmer se le coló en la habitación del hotel y lo convenció.

—Así fue.

—¿Y cómo lo convenció la señora Ulmer?

—Con dinero.

—¿Espera que lo crea?

—Puede creerlo o no. Es asunto suyo.

—Oiga, Jim, conozco a la señora Ulmer. Es una mujer completamente distinta a mí.

—Yo diría que son parecidas.

—¿En qué?

—En que las dos son bellas y hermosas.

—¿Encuentra bella y hermosa a la señora Ulmer?

—La metí a usted en el lote. ¿No está satisfecha?

—No, señor, no estoy satisfecha.

—¿Por qué no?

—Porque… porque… ella se debió valer de sus monerías de gata para conseguir que usted cambiase de opinión.

Jim enarcó las cejas.

—¿Qué le importa a usted eso?

—Me importa… me importa un rábano. Pero usted no sabe nada de ella y yo sé muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—No se las diré.

La joven dio media vuelta y se alejó furiosa del campamento.

Jim esperó unos minutos, pero fue detrás de la joven.

—¡Julie!

—¡No se las diré!

—No vine a que me dijera nada, sino a recordarle que no se debe apartar del campamento.

Ella no se movió y Jim fue a su lado.

Entonces Julie se volvió bruscamente y estalló:

—¡Dije que era una gata, pero debo rectificar!

—Eso está bien. Una mujer no debe insultar a otra mujer.

—No es una gata. ¡Es una pantera!

—Vaya, la señora Ulmer tiene garras con uñas largas.

—Si, señor.

—¿Por qué dice eso? Y ahora está obligada a contármelo.

—La sorprendí con un hombre.

—¿Se dedica a espiar?

—Soy la que va a utilizar sus zarpas contra su bonita cara.

—¿Con quién la sorprendió?

—Con el *marshal* Chuck Newton.

—No la creo.

—¿Por qué le iba a mentir? Un día entré en la comisaría para hacer una consulta al *marshal*. Y allí estaban ellos…

—Hablando.

—Que se cree usted eso. A no ser que se haya inventado una nueva forma de hablar de boca a boca.

—Es usted muy expresiva, Julie.

—Más expresivos eran ellos.

—Quizá el *marshal* estaba besando a la señora Ulmer a traición. Quiero decir que el *marshal* atrapó a la señora Ulmer descuidadamente. Al fin y al cabo, ella es muy atractiva.

—No siga por ese camino, señor Parker. Siento destrozar sus dulces pensamientos. Usted se ha visto llegando como un héroe a Forrestville. Y a solas con la señora Ulmer, usted le diría: «Señora Ulmer, he cumplido mi misión, venga el premio». Y naturalmente, ella se echaría en sus brazos. Es eso lo que ha pensado, ¿verdad?

Jim no contestó.

La joven dio una patadita en el suelo y exclamó:

—El *marshal* no estaba besando a traición a la señora Ulmer, por la sencilla razón de que ella tenía su mano en la nuca de él y le estaba acariciando el cabello…

—¿Lo dice por celos?

—¿Cómo?

—Le estoy preguntando si lo ha inventado para darme celos.

—¡No estoy inventando nada!

—Fue usted muy amable al contarme eso.

—Quiere a la señora Ulmer, ¿verdad, señor Parker?

—No, no quiero a la señora Ulmer.

—¿Por qué miente? Usted no iba a transportar el oro. Le dio una respuesta negativa a Leslie cuando él le hizo una oferta. Pero todo cambió cuando la señora Ulmer lo visitó en la habitación del hotel.

—Lo hice por dinero. Ella me ofreció otro diez por ciento que, sumado al diez de Leslie Allen, significaba el veinte. ¿Lo entiende?

—¿No lo hizo por ella?

—Admito que también lo hice por ella.

—¡Se enamoró de la señora Ulmer!

—¡No!

—¿Por qué no lo confiesa?

—Julie, la señora Ulmer está al borde de la ruina. Los asaltos perjudicaron a los mineros propietarios del oro, pero también perjudicaron al Banco de la señora Ulmer. Pensé que, si yo transportaba el oro haría un buen negocio y, de paso, impediría que se arruinase.

Julie parpadeó.

—¿De verdad?

—Sí.

Los dos se quedaron mirando a los ojos. Y de pronto Jim la cogió del brazo, tiró de ella y sus bocas se encontraron a mitad del camino.

—¿Me quieres, Jim?

—¿De qué estás hablando?

—De que me quieres.

—No he dicho que te quiera.

—Pero me estás besando.

—Claro que te estoy besando y lo estoy deseando desde que te conocí.

—¿No es eso amor?

—No.

—¿Y qué es?

—Oye, Julie. Yo nunca me pregunto por qué beso a una mujer. La beso porque me gusta y se acabó.

Ella le pegó una patada en la espinilla.

—¡Bandido!

—Julie, si me lesionas la pierna, no podré custodiar el oro.

—¡Vete al infierno con tu oro!

—También transportamos el tuyo.

—Eso se acabó. Ahora mismo me marcho.

—Acordaste venir con nosotros.

—Eso ocurrió hace un millón de años. No quiero estar a tu lado, embustero.

—¿Yo embustero?

—Besas y besas a las mujeres, y para ti no existe ninguna a la que puedas amar. Te aprovechas de ellas como si fuesen juguetes. Pues entérate, Jim Parker. Yo no voy a ser un juguete para ti. Si quieres un juguete, en Forrestville tienes a la señora Ulmer que besa poniendo la zarpa en la nuca. ¡Con tu pan te la comas!

Julie dio media vuelta y se marchó furiosa de allí.

Jim no trató de detenerla.

Roger y Bill vieron asombrados cómo la joven preparaba su mula y poco después se marchaba gritando:

—¡Vámonos de aquí, «Anastasia»! ¡Hay gente en la que no se puede confiar!

Y se alejó hacia Forrestville.

Roger Simmons se dirigió a Jim.

—¿Qué le pasó a Julie?

—¿Has entendido alguna vez a las mujeres?

—No.

—Pues Julie no es ninguna excepción. También hizo lo que las otras mujeres. Armar un lío.

Bill se puso a cantar:

> «A una chica encontré y ella me quiso enamorar
> pero yo le dije que no, y que se fuese a viajar».

—Oye, cantante llorón —rezongó Parker—. A ver si inventas otra letra, o te hago tragar la flauta. ¿Qué estáis esperando? ¡En camino a Forrestville!

Unos minutos más tarde, también se pusieron en marcha.

Habían recorrido unas cuatro millas cuando vieron aparecer en lo alto de una roca a un tipo enmascarado con un rifle.

Jim fue a sacar el revólver, pero el tipo dijo:

—Yo en su lugar no haría eso, señor Parker.

Jim habló por la comisura de la boca.

—Lo voy a emplomar, muchachos. Estar preparados para saltar de la silla. Ese tipo no esté solo. Sus compañeros deben estar escondidos.

El hombre que empuñaba el rifle gritó:

—¡Tenemos una prisionera y uno de mis hombres la degollará si se resisten!

Hizo chasquear los dedos y, por el otro extremo de la roca, Jim Parker vio aparecer a Julie. Pero no estaba sola. Un hombre la abarcaba por la cintura, y con la otra mano le apoyaba la hoja de un cuchillo en la garganta.

Capítulo XI

—Ya la pringamos —dijo Bill Morris.

Julie gritó desde lo alto:

—¡No les hagas caso, Jim! ¿Qué estás esperando? ¡Dispara ya! ¡Te contrataron para custodiar ese oro! ¡No puedes consentir que estos canallas te lo quiten!

El hombre que la amenazaba con el cuchillo soltó una risotada, y pareció la risa de un loco.

—Nena, estás hablando demasiado, y ya tengo ganas de que tu amigo toque el revólver para decapitarte. Sé reducir cabezas, y me pondré la tuya alrededor del cuello como adorno en cuanto la haya dejado pequeñita.

El hombre del rifle habló:

—Parker, ahora está a tiempo de decidirse. Tire del revólver o diga que me va a obedecer en todo.

Parker respiró profundamente antes de contestar.

—Le obedeceré.

El del rifle cabeceó.

—De todas formas no habrían conseguido nada. Habríamos matado a la chica, y ustedes también se hubiesen ido al infierno.

—Deje de hablar y díganos lo que tenemos que hacer.

—Arrojen las armas.

Jim se soltó el cinturón y lo dejó caer en tierra.

—Bravo, Parker —dijo el del rifle—. Lo hizo muy bien, pero ese par de payasos que le acompañan no obedecieron.

Bill respondió.

—No tenemos armas.

—No las tienen a la vista. ¿Crees que somos tontos? Usted, jugador, escupa su «Derringer» de la manga. Pero no lo use.

—Obedece, Bill —dijo Parker.

Bill Morris hizo un movimiento con su brazo y escupió el «Derringer» por la manga, que fue a parar al suelo.

El del rifle dijo:

—Ya tenemos a otro sin su arma secreta. Palta el muchacho del cuchillo. ¿Me has oído, labriego? ¡Tira el cuchillo!

Robert Simmons no necesitó que Jim le aconsejase. El mismo se despojó del cuchillo de monte y lo arrojó a tierra.

—Ya terminó la primera parte —dijo Parker—. ¿Qué viene ahora?

—Ahora viene lo mejor. Bajarán del caballo, retrocederán hacia la roca del fondo y se quedarán quietos.

Julie gritó:

—¡Jim, no estás cumpliendo lo que dijiste! ¡No lo estás cumpliendo! ¡Vas a arruinar a los mineros que confiaron en ti!

El loco que estaba a su lado, manejando la hoja de acero, rió con aquella estridencia:

—Nena, ellos eligieron mal. Palabra que me habría gustado que se resistiesen para cortarte el pescuezo más rápido.

Parker intervino:

—Eh, fulano —dijo al del rifle—, ese loco está dando a entender que degollarán a la chica, a pesar de que estamos obedeciendo.

—Mi amigo tiene algunos vicios.

—Sí, y ya sé que uno de ellos es cortar cabezas para convertirlas en amuletos. Pero no hará tal cosa con la cabeza de Julie.

—Cállese, Parker, y retroceda hacia la roca.

Parker retrocedió. Enganchó con el pie el cinturón del revólver y lo arrastró llevándoselo con él, como si no se diese cuenta.

Sonó un estampido y la bala se enterró cerca de las botas de Jim.

Se volvió y vio que el que había disparado era el del rifle.

—¿Cree que somos idiotas, Parker? Desenganche el revólver de su pie.

Jim hizo lo que le pedían.

Otros dos hombres enmascarados aparecieron por el camino.

Se movieron muy aprisa. Dispararon al aire y espantaron los caballos que poco antes montaban Jim Parker, Roger Simmons y Bill Morris.

Los animales retrocedieron por el camino de Oro City. Luego los dos salteadores cogieron las mulas en que se transportaba el oro y desaparecieron por entre las rocas.

—Eh, fulano —habló otra vez Jim al del rifle—. Dígale al loco que suelte a la chica.

—Todavía no.

—¿Por qué no?

—Yo me tengo que marchar primero.

—¿Qué está esperando para desaparecer?

—Sólo quería darle las gracias por habernos traído el oro hasta aquí. Hemos conseguido de un solo golpe cien mil dólares.

—Me gusta hacer favores de vez en cuando.

El del rifle rió.

—Lástima que no haga otro transporte, Parker.

—Quién sabe.

—No, no lo hará. Se lo aseguro.

El hombre del rifle desapareció.

Sólo quedaron Julie y el hombre que la amenazaba con el cuchillo y que seguía riendo.

—Eh, linda, ¿qué hacemos tú y yo ahora?

—Suéltame. Tengo que volver con mis amigos.

Jim oyó una cabalgada.

Bill Morris dijo:

—Se van ya.

—No sean estúpidos. No se van todos.

—¿Qué quieres decir?

—¿No os acordáis de los otros asaltos? Ellos matan a sus víctimas.

—¿Quieres decir que nos matarán a nosotros?

—Sí.

—Pero yo no veo a nadie.

—Estarán escondidos.

—¿Y por qué no disparan ya?

—Porque el jefe de ellos es muy listo. Se marcha con el oro y, cuando está bastante lejos, sus compinches liquidan a las víctimas.

Roger soltó una maldición.

—No me gusta.

—A mi tampoco. Y por eso tendréis que distraer al loco. Tengo

que llegar a mi revólver.

Bill se dejó caer de rodillas.

—Eh, amigo, no mate a esa chica. La quiero con todas mis ganas. Va a ser mi mujer.

El loco rió con un chillido escalofriante.

—Linda, ahí tienes a un hombre que está por tus huesecitos. Y le voy a dar gusto. Sí, señor, yo me quedaré con tu cabeza y él con el resto. ¿Ves como soy comprensivo?

Julie pegó un tirón y se libró del loco, pero éste corrió hacia ella.

Jim no esperó más porque vio aparecer por detrás de otra roca a un hombre con rifle.

Saltó hacia su revólver y logró alcanzar el arma.

—¡A volar, chicos! —dijo.

Disparó y la primera bala la destinó al loco del cuchillo que estaba a punto de alcanzar a Julie.

El tipo recibió la bala en la cabeza y se desplomó mientras soltaba el más escalofriante de los chillidos.

Luego, Jim rodó en el suelo para encontrarse en mejor posición frente a sus enemigos.

El hombre que manejaba un rifle asomó demasiado el cuerpo, quizá porque pensó que tenía todas las ventajas.

Jim disparó de nuevo y el fulano recibió el impacto entre los dos ojos y se derrumbó.

Bill, que poco antes estaba de rodillas, suplicando por Julie, se había echado hacia delante y ya había recuperado su «Derringer».

Y Roger Simmons tenía ya su cuchillo.

Dos hombres brotaron por detrás de las rocas.

Bill y Roger hicieron su trabajo. El primero disparó el «Derringer» y el otro el cuchillo y, como se habían repartido las víctimas, lograron un pleno.

La bala del «Derringer» destrozó la boca de uno de los salteadores y lo mató en el acto.

El cuchillo de Simmons se hundió en el pecho del otro salteador.

Julie saltó de la roca y corrió hacia Jim, el cual la recibió en sus brazos.

Ella sollozó.

—Jim, lo hemos perdido todo.

—Pero estamos vivos.

—Sin un centavo.

—Todavía se puede arreglar.

—No tenéis los caballos aquí, Y mientras os hacéis con ellos, los salteadores se habrán perdido de vista.

—No pensaba seguir a los salteadores.

—Entonces, ¿por qué dices que se puede arreglar?

—Esa banda opera desde Forrestville.

—¿Cómo lo sabes?

—Es una corazonada.

Roger Simmons se había acercado a su víctima, la que tenía el cuchillo en el pecho, y gritó:

—¡Eh, Jim, este hombre vive!

Parker fue al lado del hombre que tenía clavado el cuchillo.

—Chico, ¿quién es tu jefe?

El otro abrió los labios y pareció que iba a contestar, pero sólo consiguió arrojar una bocanada de sangre, y murió.

—Mala suerte, Jim —dijo Simmons—. Creo que nos iba a decir el nombre de su patrón.

—Lo sabré, aunque sea lo último que haga en esta vida.

Parker regresó junto a la joven.

—¿Cómo te sorprendieron, Julie?

—Al volver de la roca.

—¿Cuántos eran?

—Siete.

—Así pues, han quedado tres.

Tardaron unos minutos en recuperar sus caballos, pero Julie había perdido su mula.

Jim le tendió la mano y la subió a la grupa.

—A Forrestville, muchachos. Es allí donde tendremos que ajustar cuentas.

CAPÍTULO XII

Doris Ulmer se estaba peinando ante el espejo, en su dormitorio.

La puerta se abrió de golpe al tiempo que oía a un criado:

—¡No puede entrar, señor Parker!

Doris vio en el umbral a Jim Parker.

El criado estaba detrás de su visitante y todavía insistía:

—Son las habitaciones privadas de la señora Parker y no tenía derecho a entrar así.

—Retírate, Jerry —ordenó Doris.

El criado hizo una reverencia y salió cerrando la puerta.

Jim seguía en el mismo lugar, observando con ojos fijos a la hermosa viuda.

—Está usted muy bella, señora Ulmer.

—Gracias, pero prefiero que diga otra cosa.

—¿Por ejemplo?

—Que acaba de depositar el oro en mi Banco.

—Cien mil, dólares.

La señora Ulmer echó a correr hacia Parker. Lo abrazó y lo besó en la comisura de la boca.

—Oh, Jim, es usted maravilloso.

Parker seguía inmóvil, con los brazos a lo largo de su cuerpo.

Ella lo besó otra vez, pero ahora lo hizo con fuerza, en el centro de la boca.

Tampoco él hizo nada por abrazarla.

Doris Ulmer dijo:

—Está usted muy frío.

—Estoy recordando algo, señora Ulmer. Me ofreció el diez por ciento de lo que transportase a su Banco. También contaría con su agradecimiento, pero dejó sentado que no habría besos.

—Ha sido la emoción. —Ella se retiró unos pasos y agregó—: La verdad es que he pensado en usted.

—¿Sí?

—He pensado mucho en usted, Jim. He conocido a muchas clases de hombres, pero usted es distinto.

—¿En qué soy distinto?

—Quizá sea debido a que tiene personalidad.

—¿Como el *marshal*?

—No le entiendo.

—Le estoy preguntando si el *marshal* tiene personalidad.

Ella rió:

—Jim, ¿qué le han contado de mí y del *marshal*?

—Parece que lo tiene en su lista como candidato a marido.

—Qué tontería.

—¿Sí o no?

—El *marshal* es un hombre agradable. Ha venido muchas veces a mi casa con una excusa u otra.

—Y usted ha ido a su comisaría con una excusa u otra.

Ella se puso muy seria.

—No me gusta lo que está diciendo, Jim. Soy una mujer y a veces me encuentro muy sola. Admito que he ido a la comisaría, pero también he visitado la casa del doctor Butler o la casa de otros amigos.

—¿Los besa a todos?

El rostro de Doris se atirantó.

—¿Adónde quiere ir a parar, Jim?

—El oro no está en su Banco.

—¿Qué?

—No tiene los cien mil dólares.

—Jim, acordamos que usted depositaría el oro en mi Banco. ¡Tiene que hacerlo! ¡Es el único lugar donde estará seguro!

—Me robaron.

—¿Cómo dice?

—Que me asaltaron, lo mismo que a los demás.

—Oh, Jim, dígame que es una broma. ¡Por favor, dígamelo!

Jim dio un paso hacia la joven y la atrapó por los brazos.

—Señora Ulmer, se acabó el juego.

—¿De qué juego habla?

—Usted robó el oro.
—¿Yo? Pero ¿qué dice?
—Usted es la que organizó la banda de salteadores.
La joven levantó una mano para abofetear a Jim, pero él se dio mucha prisa en atraparla por la muñeca.
Vio las uñas de Doris que eran largas.
—Tiene garras muy peligrosas, señora Ulmer. Con un solo zarpazo me marcaría la cara para toda la vida.
—¡Se la marcaré si no retira sus palabras!
—No las puedo retirar.
—¿Cómo se atreve a llamarme ladrona? ¿Qué clase de estúpido es, Jim? Se lo expliqué bien en el hotel. Necesitaba ese oro.
—Le necesitaba, y ya lo tiene.
—Fui en su busca para que transportase el oro.
—Sí, fue en mi busca porque, gracias a mi exhibición con la pistola, yo me había ganado la confianza de Leslie Allen. El me hizo la oferta y yo le contesté negativamente. Leslie habló con usted y comprendió que usted tenía la mejor oportunidad para que los mineros mandasen de nuevo su oro a Forrestville. Sin mí, usted se quedaba sin la posibilidad de pegar un nuevo asalto en mucho tiempo.
—¡Sólo está diciendo tonterías!
—No está arruinada, señora Ulmer.
—Le dije que estoy al borde de la quiebra.
—Tiene una hermosa casa.
—La compró mi marido, Gregory Ulmer.
—Conserva su servidumbre. ¿Cuántos criados tiene?
—Dos doncellas, dos criados y una cocinera.
—Eso cuesta mucho dinero.
—¡Todavía puedo pagarlos!
—He pensado en su bonito plan, señora Ulmer. Usted está robando el oro y lo ha amontonado en algún sitio. Pero su Banco tiene poco dinero. Ni siquiera para pagar a los impositores, como usted dijo. Para usted sería muy fácil declararse en quiebra. Naturalmente, todos tendrían compasión de usted. Se quedó viuda, está sola, y apuesto a que sabe llorar muy bien. Las propias personas que usted arruinaría le tendrían compasión y usted llegaría todavía más lejos. Vendería su casa para pagar algo a los

que depositaron su confianza en usted. Y luego, con su vestidito de luto y su maleta, se marcharía de Forrestville. Y el pueblo entero diría: «Pobre señora Ulmer, ¿qué será de ella ahora, tan hermosa y tan desgraciada?». Pero la realidad sería muy distinta, señora Ulmer. Iría a por el oro que ha estado robando, y se instalaría en otra parte para gozar de sus beneficios.

—¿Ya terminó, señor Parker?

—La he descubierto, señora Ulmer.

—¡Es usted el hombre más estúpido que he conocido en mi vida!

—Ande, deme un besito para convencerme de que soy el hombre de sus sueños.

—Le voy a decir algo que no le dije antes.

—Hable. Estamos en el cuarto de hora de las confidencias.

—He soñado varias noches con usted.

—Ande, siga poniéndose tierna.

—Me he enamorado de usted.

—Bravo.

—Le quiero, Jim.

—Precioso.

—¡Pero lo maldigo! ¡Lo maldigo mil veces por burlarse de mí y de mis sentimientos!

—Ande, diga que también se enamoró del *marshal*, y que por eso lo besó en la comisaría.

—Creí que estaba enamorada del *marshal*.

—Oh, sí, fue un espejismo. Creyó estar enamorada del *marshal*, pero yo llegué y se dio cuenta de que era el hombre de su vida.

—Sí, Jim.

—Claro. Yo iba a ser el hombre que le iba a meter en el bolsillo un montón de oro, la mayor cantidad de las que recibió hasta ahora por medio de sus salteadores.

Las hermosas pupilas de Doris destellaron intensamente.

—No he robado, ¿lo entiende? ¡No he robado, ni robé nunca! Le confesé que había hecho malas inversiones con el dinero que me confiaron. Fui sólo eso: una mala administradora. Quizá llevar un Banco sea trabajo para un hombre. Yo pensé que ese hombre podría ser usted. ¡Búrlese todo lo que quiera! Yo ya terminé con el *marshal*. Se lo dije hace dos días. Había invitado a cenar al *marshal*. Quería confiar mi secreto a Chuck Newton. Que me había enamorado de

usted y que, si me pedía que fuese su esposa, lo aceptaría.

—¿Y cómo encajó él la noticia, señora Ulmer?

—Se puso furioso. Primero trató de convencerme con palabras. Dijo que me quería, que había soportado ser el *marshal* de Forrestville porque siempre pensó que algún día yo sería su esposa. Yo le dije la verdad. Que creía estar enamorada de él, pero que no lo estaba.

—Siga.

—Me cogió violentamente por los brazos, como lo ha hecho usted. Me dijo que olvidaríamos el pasado empezando por olvidar Forrestville.

—¿Por qué, si Forrestville es su ciudad?

—Chuck dijo que pensaba renunciar a la placa.

—¿Cuándo?

—No contestó el día, pero me aseguró que no pasaría otro invierno en Forrestville.

—El invierno está próximo a llegar.

—Sugirió que nos casásemos enseguida y que en unos días nos marcharíamos.

—¿Adónde?

—A California.

Parker dio media vuelta para marcharse.

—Jim.

El volvió la cabeza.

Doris se mojó los labios con la lengua y dijo:

—Estoy arruinada y me marcharé de aquí. ¿Quieres venir conmigo?

—No, Doris. No me iré contigo. Pero no te arruinarás. Yo lo impediré —dijo Jim Parker y salió de la habitación.

CAPÍTULO XIII

El *marshal* Chuck Newton estaba sentado ante la mesa de la comisaría cuando la puerta fue abierta por Jim Parker.

—Hola, Parker —lo saludó el *marshal*—. Estoy enterado de lo que le pasó.

—¿Por quién?

—Uno de sus colaboradores, Bill Morris, vino aquí para contarme el asalto.

—Tuve mala suerte.

—La verdad, no tenía demasiada confianza en que usted lograse el éxito. Esos salteadores conocen bien el terreno en que se mueven, y tenían todas las probabilidades a su favor.

—Estoy de acuerdo.

—No se lamente. Usted fue asaltado, pero conservó la vida. Y de paso, salvó la vida de las personas que le acompañaban. Bill me puso la carne de gallina cuando me contó lo de Julie Walker. Ese loco le pudo haber cortado el cuello.

Jim se apoyó en la pared y sacó un cigarrillo del bolsillo superior de la chaqueta.

El *marshal* Newton le sonrió.

—Es su primer fracaso, ¿verdad, Caballero Jim?

—Sí.

—No parece estar muy contrariado.

—Ya sabe que tengo fama por mi educación. Dicen que soy el pistolero más fino de todo el Oeste.

Se puso el cigarrillo en los labios, frotó un fósforo con la uña y encendió. Luego apartó la llama y, mientras daba una chupada al cigarrillo, dijo:

—*Marshal*, cuando termine este cigarrillo, quiero la verdad.

—¿Qué dice?

Jim dejó caer la cerilla en el cenicero. Luego cogió el cigarrillo y lo partió por la mitad.

—Se lo repetiré, *marshal*. Me voy a fumar esta mitad del cigarrillo. Tardaré como cosa de cinco minutos y, para cuando lo termine, usted me hará una confesión completa.

—¿Confesión completa de qué?

—Usted ha organizado su banda de salteadores. Usted es el que roba el oro.

Newton se echó a reír.

—¿De dónde sacó eso, Parker?

—Sumé dos y dos.

—Y le dio cuatro.

—Matemáticamente.

Newton se echó en el respaldo de la silla. No parecía muy impresionado por la amenaza de Jim.

—Usted es un pistolero muy fino, Jim, pero su cerebro es bastante grosero.

—¿Usted cree?

—Piensa cosas que no existen. Yo soy el *marshal* de Forrestville y no un vulgar salteador.

—La placa le sirvió para organizar los asaltos. Conoce bien la región. Estaba al corriente del movimiento del oro.

—¿Cómo iba a saber yo cuándo traían el oro?

—Vamos, *marshal,* no se haga el gracioso. Desde esas montañas, basta con que le hagan una señal con un espejito para que usted sepa en qué momento se acercan los transportistas del oro. La verdad es que pensé en Doris Ulmer como la salteadora. Acabo de sostener una conversación con ella.

—¿Y ya disipó sus dudas?

—Si.

—¿Por qué?

—Me contó la escena entre usted y ella. Pensó que la señora Ulmer sería su esposa, pero usted sabía que ella estaba arruinada. No, usted no podría darle la vida de lujo que una mujer como ella requiere. En algún momento pensó en la solución. El oro de las Montañas Negras. Pero usted no ha nacido para trabajar. ¿Por qué infiernos iba a coger una pala y un pico y se iba a ir a las montañas

a cavar como un enano? No, usted es de los que dicen que los demás deben trabajar para ellos. Los mineros sacarían el oro y usted lo disfrutaría.

—Se ha apartado del asunto. Estaba hablando de la escena entre la señora Ulmer y yo.

—Ella le confesó que no lo amaba y entonces usted le dijo cuál era su plan: abandonar con ella Forrestville. Fue como una confesión, Newton. Usted se iba a ir con ella porque tenía el oro. Naturalmente, no contó con que saldría vivo del asalto. Por eso le habló con claridad, aunque no podía decirle: «Doris, vamos a ser ricos. Yo tengo el oro de los mineros. Te daré todo el lujo que desees con una sola condición, la de que seas la señora Newton».

Chuck estaba muy quieto en la silla.

—¿Cree que tiene todos los naipes del triunfo, Parker? —Hizo chasquear los dedos.

Dos hombres aparecieron por el corredor que comunicaba con las dependencias interiores, y ambos tenían el revólver en la mano.

Jim siguió apoyado en la pared fumando el cigarrillo.

El *marshal* Newton sonrió.

—No soy tan tonto como usted cree, Parker. Supe que usted se había salvado y pensé que, en cuanto llegase aquí, no tardaría en hacerme una visita. Vi claramente que usted sumaría dos y dos, y el resultado sería cuatro.

—Gracias.

—Pero hizo el tonto… Usted mismo se metió en la trampa.

—¿Dónde tiene el oro, *marshal*?

—En la cocina.

—Conque lo tiene en la comisaría.

—Me guata tenerlo cerca.

—Confía demasiado en sus hombres.

—Son antiguos compañeros.

Los dos fulanos que manejaban el revólver sonrieron.

Jim sacudió la cabeza.

—Antes que *marshal* fue salteador, ¿eh, Chuck?

—Sí, Parker, pero nunca nos fue el negocio tan bien como hasta ahora. Es lo malo de ser un ladrón sin placa —se tocó la insignia—. Ahora cambiaron las cosas. Una autoridad puede seguir siendo una autoridad mientras sus muchachos roban para él.

—Enhorabuena, *marshal*. Es usted todo un canalla.

Chuck rió.

—Sepa perder, Parker.

—No me acostumbro a la idea.

—Oh, sí, usted es de los que quieren ganar siempre. Pero esta vez se encontró con un tipo más listo que usted.

—Conque se lo va a llevar todo: el oro y a Doris.

—Creo que convenceré a Doris para que me siga.

—Me temo que ella tiene más vergüenza que usted.

—Perderá la vergüenza cuando le enseñe el oro. Las mujeres tienen sus debilidades, si uno sabe aprovecharlas.

—Hay un fallo en su negocio, *marshal*.

—¿Cuál es el fallo?

—Mis amigos.

—¿Se refiere al tahúr y al del cuchillo?

—Ellos están al corriente de esta visita. Les dije que usted era el ladrón.

—No le creo. Pero, de todas formas, vivirán muy poco para contarlo.

—Está dispuesto a darse un baño de sangre.

—Sí, Parker. Ese oro será mío.

—¿Es que no lo va a compartir con sus muchachos?

—Ellos tendrán una parte.

—No le creo. Apuesto a que les paga con plomo su colaboración.

Chuck Newton rió otra vez.

—Muchachos, resulta que Jim Parker no es un pistolero tan brillante. Está echando mano a la más vulgar de las estratagemas. Quiere poneros en contra mía para que discutamos entre nosotros y, mientras tanto, él podrá sacar el revólver.

A Jim Parker le quedaba muy poco cigarrillo.

Newton lo señaló.

—Jim, usted dijo antes que cuando terminase el cigarrillo quería mi confesión completa. Habría sido su victoria. Ahora yo le voy a decir otra cosa: en cuanto termine ese cigarrillo, mis hombres lo balearán.

Jim estaba a punto de quemarse los dedos.

El *marshal* se puso en pie.

—No apure tanto el cigarrillo, Jim. Se va a quemar.

Roger Simmons abrió la puerta y dijo:

—Eh, Jim.

—¡Al suelo, Roger! —gritó Parker.

El ya estaba tirando del revólver.

Los dos pistoleros al servicio del *marshal* hicieron fuego.

Las balas se incrustaron en la pared, porque Jim ya no estaba en aquel lugar. Había pegado un salto y, mientras iba por el aire, estaba escupiendo plomo.

Los dos pistoleros se derrumbaron.

El *marshal* Newton había tirado del «Colt», pero tuvo que girar para seguir a Jim Parker en su salto. Y éste, después de eliminar a sus dos primeros competidores, siguió apretando el gatillo.

El *marshal* voló por encima de la mesa, impulsado por los plomos.

Otros dos hombres aparecieron por el corredor.

Roger Simmons lanzó su cuchillo sobre uno de ellos y le atravesó la garganta.

Jim se encargó del otro metiéndole un proyectil en las narices.

Bill Morris apareció en la comisaría y ya tenía el «Derringer» en la diestra.

—¿Contra quién disparo…?

—Ya no hace falta —dijo Jim—. Todo acabó.

—¿Dónde está el oro?

—En la cocina.

Jim echó a andar y salió de la comisaría, mientras sus compañeros se dirigían a la cocina.

Julie estaba en el porche.

—Hola, Jim, te acabo de oír. Recuperaste el oro.

—El nuestro y el que robaron anteriormente.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Casarme contigo.

Julie parpadeó.

—Pero la señora Ulmer y tú…

—La señora Ulmer es demasiado fina para mí. Yo soy un hombre al que le gusta pelear con las chicas que encuentra en un tonel.

—¡Bandido! —gritó Julie y se echó en sus brazos.

Y Caballero Jim, el pistolero más fino del Oeste, besó los labios de la joven que iba a ser su esposa.

Fin